

Los materiales del castro de San L.Luis (Allande, Asturias)

Archaeology of the Second Iron Age hillfort of San L.luis (Allande, Asturias, Spain)

Carlos MARÍN SUÁREZ

Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid. Av. Profesor Aranguren, s/n. 28040. Madrid
curuxu44@gmail.com

Recibido: 22-05-2006

Aceptado: 11-01-2007

RESUMEN

Se presentan los materiales cerámicos, en su mayoría inéditos, de las excavaciones de los años sesenta del “barrio bajo” del castro de San L.luis (Allande), que evidencian niveles de la II Edad del Hierro. A la par se propone una reflexión teórica sobre lo que debe ser el estudio de la tecnología cerámica, gracias a la aplicación de conceptos antropológicos como son las Cadenas Tecnológico Operativas (CTO) y la superación definitiva de los análisis tipologicistas, lo que nos permite presentar los tipos y técnicas cerámicos básicos a partir del s. IV a. C. en el occidente de Asturias. La unión de las CTO y de los análisis contextuales permite plantear hipótesis de procesos sociales, que en nuestro caso concreto de estudio presentamos en clave de género.

PALABRAS CLAVE: Castro. Edad del Hierro. Asturias. Tecnología Cerámica. Arqueología del Género.

ABSTRACT

The purpose of this paper is to show to the scientific community the ceramic materials, in the main unpublished, obtained during the archaeological excavations of the sixties at the “low neighborhood” of the San L.luis’s hillfort (Allande, Asturias, North of Spain). These materials indicate unequivocally the existence of levels of the second Iron Age. Also we propose a theoretical reflection on the study of the ceramic technology, thanks to the application of anthropologic concepts, applying the Technologicall Operative Chains (TOC) and overcoming definitively the typologics analyses. All that allows us to present the ceramic basic types and technologies from the IVth century B.C. in the western of Asturias. The union of the TOC and of the contextual analyses allows to raise hypothesis of social processes, which in our concrete case of study we present in key of gender.

KEY WORDS: Hillfort. Iron Age. Asturias. Pottery Technology. Gender Archaeology.

SUMARIO 1. Introducción. 2. Las excavaciones de 1962 y 1963. 3. Los materiales. 4. Hipótesis interpretativas y discurso histórico. 5. Conclusiones.

1. Introducción

El siguiente artículo tiene como objetivo principal dar a conocer los materiales arqueológicos del “barrio bajo” del castro de San L.Luis¹ (Allande), obtenidos en las excavaciones que el profesor Francisco Jordá Cerdá dirigió en los meses de agosto y septiembre de 1962 y agosto y septiembre de 1963. El castro de San L.Luis fue descubierto por el carpintero allandés José Lombardía Zardaín en 1952. En 1955 Jordá, por aquel entonces jefe del Servicio Provincial de Excavaciones Arqueológicas, acudió al concejo de Allande en compañía de Carlos María de Luis por cuenta de unos grabados rupestres descubiertos al hacer una carretera, de los cuales Alfonso Pérez, vecino de la Pola, les había informado. Fue este vecino el que notificó al profesor Jordá la existencia de un castro que él no había visto pero del cual José Lombardía hablaba con entusiasmo. Ello motivó que ascendieran los cuatro a reconocer el sitio, comprobando que no estaba catalogado y verificando su importancia. Poco antes de que comenzaran las excavaciones el lugar también fue reconocido como castro por José Manuel González, exactamente el 23 de julio de 1962 (González 1962: 261). Tras un lapso de casi veinte años el propio profesor Jordá volvió a dirigir otras intervenciones arqueológicas a partir de 1979 –y que llegarían a mediados de los años ochenta–, pero esta vez ya localizadas en el “barrio alto”, si bien se remató la excavación de algunas de las estructuras del “barrio bajo”.

Sin embargo poco es lo que se conoce de los materiales, básicamente cerámicos, exhumados en aquellas campañas de excavación de los años sesenta, y que desde entonces se encuentran depositados en el Museo Arqueológico de Oviedo. Los diferentes artículos que han visto la luz sobre este yacimiento o bien han tratado sobre cuestiones generales en donde apenas se describían los restos arqueológicos muebles (Jordá Cerdá 1985, 1990; Jordá Cerdá y otros 1989; Jordá Pardo y García Martínez 1998; Adán Álvarez y otros 2000) o bien se han centrado en las dataciones radiocarbónicas (Cuesta y otros 1996; Jordá Pardo, Mestres y García 2002). Por su parte M^a Paz Manzano (1985, 1986-87) realizó una primera tipología de los materiales cerámicos del castro, pero exclusivamente con los de las excavaciones de los años ochenta del “barrio alto”.

Este vacío de información se vio ligeramente pa-

liado por la obra de síntesis *La cultura material de los castros asturianos* del profesor Maya (1987/88). En ésta se dibuja una selección de piezas cerámicas, usándose como criterio las piezas decoradas frente a las no decoradas, y prácticamente todos los metales del “barrio bajo”. Sin embargo una serie de inconvenientes limitan la utilidad de esta monografía. En primer lugar Maya contó con algunos planos y secciones de las excavaciones de los años sesenta pero no con los diarios originales por lo que son frecuentes los errores a la hora de ubicar espacialmente las piezas. Básicamente este error se debió a que las estructuras fueron numeradas de un modo en el diario –numeración que seguiremos en este trabajo– que no se corresponde con la numeración del mapa que publicó Maya (1987/88: fig. 15), por lo que a cada estructura se le asocian objetos que no le corresponden. Lo mismo ocurre con alguno de los cortes estratigráficos publicados, pues no corresponden con la cabaña a la que se alude (Maya 1987/88: fig. 17, A). En segundo lugar de muchas piezas tan sólo se cita la capa o estrato –ambos términos se utilizan indistintamente en el diario y se les dan números romanos– sin reparar en el hecho, descrito en el diario, de que mientras las capas exteriores a las estructuras son *grosso modo* equiparables en todo el área de excavación, en ningún caso lo son las secuencias internas de cada estructura. Por tanto citar la capa sin mencionar el sector es de muy poca utilidad. En tercer lugar son frecuentes las confusiones entre la cerámica de la Edad del Hierro con la de tradición indígena realizada en época romana –y que actualmente algunos denominan “común romana” (por ej. Benítez, Hevia y Montes 1999)–, como veremos más abajo. Un problema añadido con el que se encontró Maya al realizar su estudio fue el hecho de que todos los metales habían perdido la referencia de la caja a la que pertenecían, hecho que debió ocurrir en el momento de ubicarlos en una de las vitrinas del Museo Arqueológico de Oviedo, lugar en el que han estado hasta que en el año 2004 se han trasladado todos los fondos del museo al Polígono Industrial de Silvota (Llanera) con motivo de las obras de remodelación de dicha institución. De hecho los materiales de la vitrina dedicada a San L.Luis –todos los objetos de bronce, alguna cerámica de orejetas, alguna sigillata y casi todos los galbos con estampillas– se encuentran actualmente en una caja aparte sin ningún tipo de referencia. Esta es la razón por la cual los bronceos fueron dibujados por Maya

pero sin aludir a la situación original. De todos modos, a alguno de ellos sí que es posible otorgarles una ubicación ya que aparece referida en el diario, e incluso de algunos se hizo un croquis.

Otro investigador que estudió los materiales del “barrio bajo” de San L.luis fue Elías Carrocera en su tesis doctoral inédita (Carrocera 1988) sobre los castros del valle del Navia. La información que ofrece este investigador es más limitada aún ya que no contó con el diario de campo ni con planos y secciones de aquellas excavaciones. Sin embargo el número de piezas dibujadas fue mayor que en el estudio de Maya. El criterio seguido por el profesor Carrocera parece basarse también en la presencia o ausencia de decoraciones, ya que de los fragmentos decorados se realizó el desarrollo real mientras que de los no decorados los desarrollos son siempre ideales. Si a ello le unimos que de las piezas dibujadas tan sólo se cita la capa y no el sector el resultado es que tan sólo en muy pocos casos pueden relacionarse con los originales. De nuevo son frecuentes las confusiones de la cerámica prerromana con la “común romana”. Confusiones que hemos de explicar por el lastre que han supuesto las tesis romanistas en los estudios castreños, presentes hasta prácticamente mediados de los años noventa (Marín 2005: capt. 6), así como por los reiterados acercamientos tipologicistas a la cultura material, basados en las formas finales y las decoraciones, e incapaces de obtener información novedosa de nuestro objeto de estudio. Además, la “cerámica común” no se suele tener en cuenta, ya que el interés de los especialistas se ha centrado en ciertos tipos decorados con los que se pudiera “encontrar cultural y cronológicamente los yacimientos castreños” (Menéndez y Benítez 2002: 280). Por ello no nos ha de extrañar que los propios excavadores del castro de San L.luis en lugar de hablar de cerámica prerromana y común romana aludan a cerámicas bastas y poco trabajadas y otras más esmeradas en las que ya aparece el engobe (Jordá y otros 1989: 43; Adán y otros 2000: 17).

Este panorama ha comenzado a cambiar recientemente en Asturias gracias a los trabajos del equipo del Chao Samartín en lo referente a la vajilla “común romana” y a la vajilla de lujo romana, constituyendo estos artículos auténticos hitos en el panorama investigador castreño (Benítez, Hevia y Montes 1999; Hevia, Montes y Benítez 1999; Hevia, Menéndez y Sánchez 1999). Desgraciadamente este notable avance contrasta con las escasas ce-

rámicas publicadas de los niveles de la Edad del Hierro de este yacimiento (por ejemplo Villa 1999: 115). Sin embargo, en la vecina Galicia sí que se han desarrollado estudios pormenorizados sobre la cerámica de la Edad del Bronce y Edad del Hierro (Cobas y Prieto 1998, 1999), siéndonos sobre todo muy útil el de Alfredo González Ruibal (2003) ya que le dedica un capítulo de su tesis al área cantábrica.

Todo lo expuesto más arriba nos hizo plantear la revisión y dibujo de los materiales originales² para poder superar definitivamente las frecuentes confusiones y generalidades que sobre la cerámica de la Edad del Hierro y “común romana” se han manifestado. En nuestro estudio a la hora dibujar el desarrollo de modo figurativo o por el contrario de modo ideal hemos añadido otros criterios aparte del de la decoración, como son el tamaño del resto cerámico en sí, la morfología de éste y la presencia de evidencias de las distintas decisiones tecnológicas que han intervenido en la manufactura de cada cacharro.

2. Las excavaciones de 1962 y 1963

El 23 de agosto de 1962 comenzaron las excavaciones en el castro de San L.luis. Sabemos que bajo la dirección de Francisco Jordá Cerdá los técnicos de campo fueron Carlos M^a de Luis, Elías García Domínguez y M^a Jesús Gutiérrez, que eran o habían sido alumnos de Jordá en la Universidad de Oviedo. A cargo de uno de ellos quedó la redacción del diario, pues en él sólo escribió una persona y la letra no es la del profesor Jordá. Este diario ha estado en poder de M^a Jesús Gutiérrez hasta finales de los años noventa, momento en el que fue remitido a Chus Jordá Pardo. Aparte contaron con la colaboración de seis peones “con carretillas”, todos ellos vecinos de las aldeas circundantes.

Queda claro en el diario cómo la metodología consistió en ir excavando por capas arqueológicas, a las que se dan números romanos. También cómo se excavó en varias zonas a la vez, sobre todo una vez avanzada la excavación, y cómo se fue amontonando el incómodo escombros en zonas de las que luego hubo que moverlo cuando se abrieron nuevos sectores de excavación, lo que dio lugar a pequeños errores en la clasificación de alguna pieza. El material que se recogía se individualizaba en pequeñas cajas de cartón por capas y fechas —actualmente todavía se encuentra así en el museo—, y en los prime-

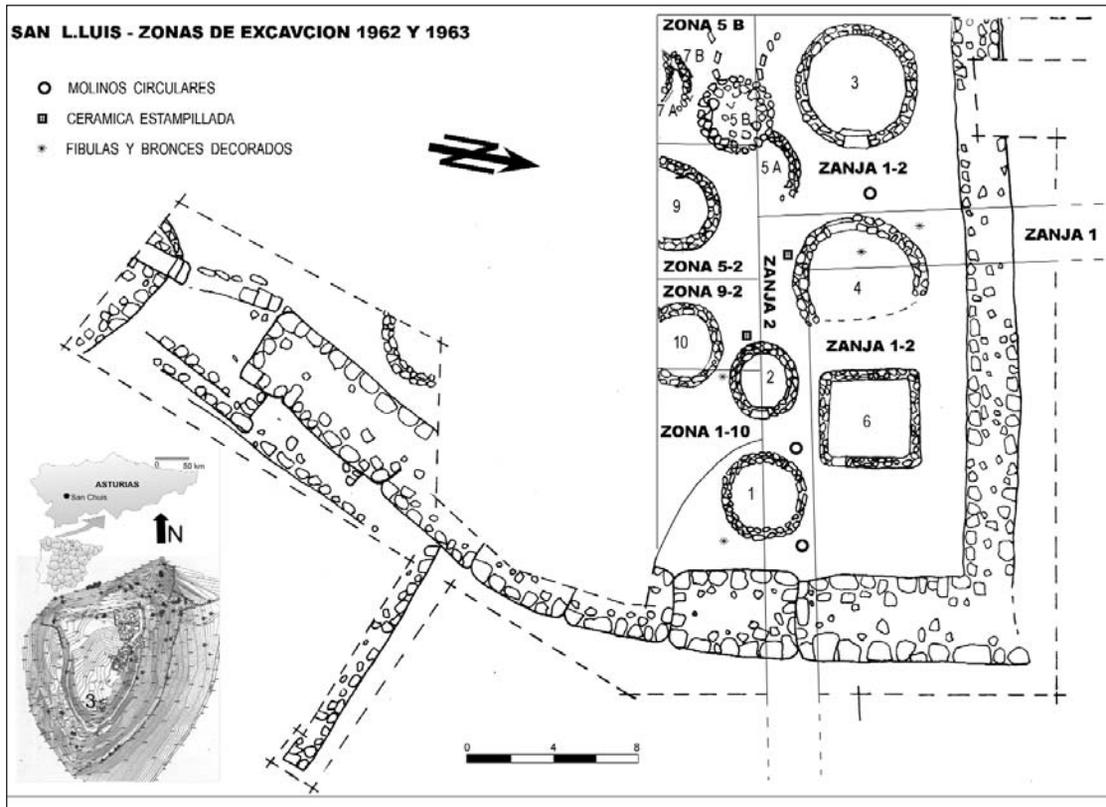


Figura 1.- Esquina NE del castro de San L.luis. Se localizan las zonas aproximadas de las excavaciones de los años sesenta y se ubican algunos de los hallazgos descritos en el diario.

ros días de excavación se dibujaron las secciones de las piezas en el diario. También son frecuentes –prácticamente en todas las páginas– los croquis tanto de las plantas como de las secciones de las estructuras y zonas que se fueron excavando. Cortes estratigráficos a escala hay tres en todo el diario, dos para la estructura 4 y muralla –zanja 1– y uno para la estructura 3 (fig. 1).

En primer lugar se planteó una zanja (Zanja 1) norte-sur tomando como referencia la cota de los 783 m.s.n.m., arrancando a 25 m de ésta. Se dividió la zanja en dos tramos, uno de 25 m y otro de 17,5 m. Ya en el primer día de excavación localizaron la cara externa de la muralla. El 24 de agosto localizan el muro exterior de una “caseta” –la que más adelante llamarán casa 4–. En los días siguientes se continuó excavando la zona entre la casa 4 y la muralla, con una pequeña ampliación hacia el NO, apareciendo la capa IV, cenicienta, con carbones y más potente hacia la muralla, pero sin hallazgo alguno. Se interpreta como una zona de hogares exteriores a la casa. También se alude a que la cara externa de la muralla está más trabajada que la in-

terna. En general la cara interna “sigue presentándose confusa”. El día 28 de agosto se comenzó a dibujar un corte estratigráfico de la zanja 1 (fig. 2, A), donde se dan números latinos –correlacionados con las capas– tanto a los depósitos como a las superficies interfaciales positivas. La leyenda literal es la siguiente:

1 - Tierra vegetal.

2 - Línea de escombros de arrastre. Grandes piedras en tierra vegetal, oscura. Forma la llamada capa I, que será de materiales revueltos.

3 - Estrato, al parecer, de relleno, después de la destrucción. Piedras de todos los tamaños, en tierra cenicienta muy suelta, con algunos carbones. Forma una masa de color gris arenoso, y sus materiales se recogen como de la capa II.

4 - Extremo inferior de la capa anterior, muy irregular, formado por piedras depositadas horizontalmente. Se corresponde con la capa III.

5 - Masa arcillosa muy fina, de color gris intenso, con pequeños carbones, y sin apenas piedras. Es la capa IV.

6 - Masa muy compacta de pequeñas piedras con

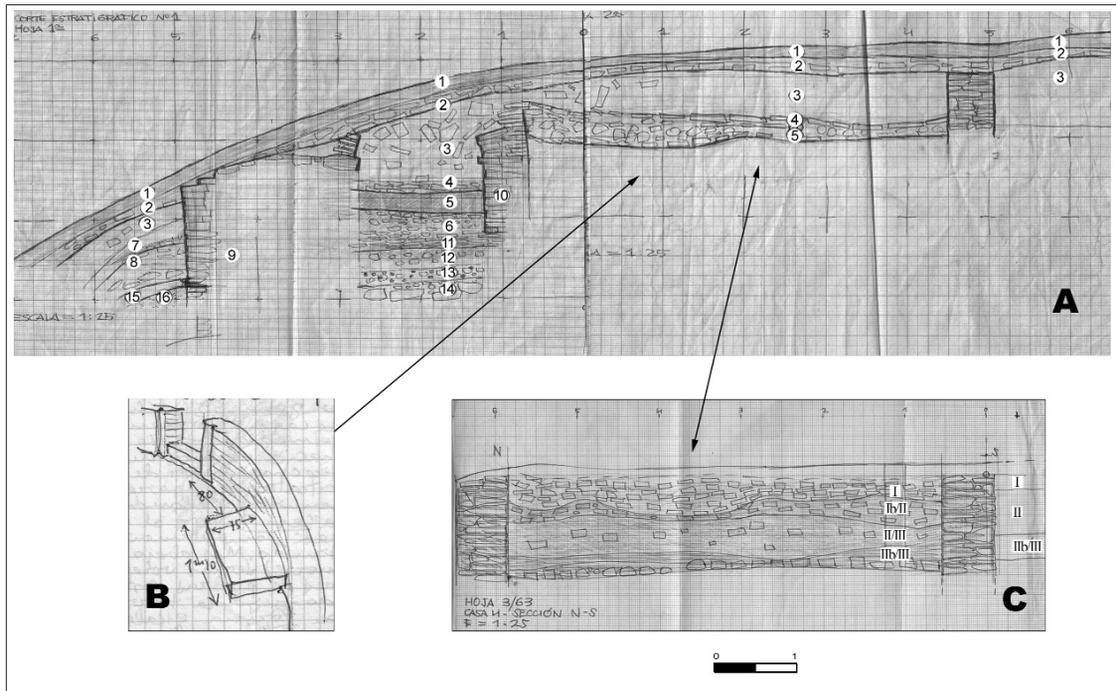


Figura 2.- Perfil estratigráfico de la zanja 1 (muralla y estructura 4 sin excavar) (A), detalle del banco corrido de la estructura 4 (B) y estructura 4 excavada (C), según los diarios de 1962 y 1963. Se corresponden con Maya 1987/88: fig. 17, A y fig. 18.

tierra verdosa, con algunos carbones. Es la capa V.

7 y 8 - Tierras arenosas amarilla y tostadas respectivamente, que pueden formar parte de 3 en el exterior de la muralla.

9 - Muralla. La cara interna sin precisar.

10 - Muro norte de la caseta circular [casa 4]. Está más destruido que el resto de lo descubierto hasta ahora, lo que permite interpretar la capa II como de destrucción.

11 - Piedra colocada horizontalmente con poca tierra y que sirve de fundamento al muro 10. Puede ser el mismo estrato que el número 6 (capa V). Se designa por ahora como capa VI en el diario.

12 - Tierra gris arcillosa, con algunos carbones, semejante a 5 (capa IV), pero con cierta abundancia de piedra irregular. Llamada capa VII.

13 - Barro casi negro, también con carbones y piedras. Capa VIII.

14 - Tierra algo más seca, rojiza, con piedras de gran tamaño. Capa IX.

15 - Semejante a la capa IV del interior, pero completamente seca y por tanto algo más clara.

Se matiza en días posteriores que la diferencia entre la capa V y la VI no es del todo clara, que la

parte inferior de la capa V parece estar formada por las piedras sueltas sin apenas tierra que sería seguramente el material sobrante de cortar las piedras para la construcción de los muros de la casa y que tanto en la capa V como en la de cimentación de los muros (VI) y en la infrayacente de arcillas y carbones (VII) no aparece resto alguno. También que por debajo de la capa VIII la IX presenta piedras de gran tamaño que parecen haber sido colocadas.

Respecto a la capa II del interior de la casa 4 se describe y dibuja los materiales que aparecen (un fondo de TSH con *sigillum* ilegible, un borde de vasija de cuello flexionado color rojizo y mucha mica en la pasta y clavos de hierro con restos de fibras de madera). Se interpreta el estrato como el nivel de destrucción del momento final de habitación y se aclara como tiene mucha más piedra dentro de la estructura que fuera, y que la tierra no está tan suelta.

Del exterior de la muralla también se precisa que los niveles que en el corte estratigráfico van numerados como 15 y 16 son aquellos sobre los cuales se construyó la muralla: el primero es gris arenoso y el segundo arenoso rojizo con algo de piedra. Son muy nítidos.

El mismo día 28 se localizó una segunda línea de fortificación cuya cara externa se encuentra a 16 m de distancia de la cara externa de la primera muralla y con una orientación diferente a ésta. En el croquis que se realiza se puede observar que esta segunda línea tiene cara externa e interna y que su cota es mucho más baja que la primera línea defensiva. Esta segunda línea tiene 1,5 m de anchura, las hiladas de la cara externa e interna son mucho más irregulares que las de la primera muralla y al interior las capas I y II no tienen casi piedras ya que el derrumbe de la primera muralla no se acumuló aquí debido al enorme foso que se encuentra entre ambas líneas defensivas. Este parapeto se encuentra sustentado sobre un conglomerado de piedras pequeñas y tierra.

La zanja 2 se abrió el 31 de agosto, con una dirección E-O, en un lugar en el que se apreciaba la muralla así como una estructura circular que los “naturales” del lugar llamaban “horno” y del cual decían que estaba abovedada. Se trata seguramente de lo que los excavadores llamarán casa 1, aunque albergamos dudas sobre si el “horno” pudiera ser la estructura circular de la esquina NE del castro, de la que apenas se dice algo en el diario. Al día siguiente ya queda al descubierto la cara externa de la muralla, pero no se localiza en esta zanja la segunda línea defensiva. En la zona interna de la muralla, en la zanja 2, la acumulación de escombros por el arrumbamiento de la muralla es mucho mayor que en la zanja 1. La capa II, no obstante, es similar a la de la zanja 1. Se localizan los muros de las casas 1 y 2, así como un tercio del *catillus* de un molino circular junto al muro oeste de la casa 1. Se precisa que entre la cerámica que aparece en la capa II del exterior de la casa 1 se observan fragmentos de sigillata (entre ellos una Drag. 27), fragmentos de cerámica de paredes finas decorados así como media piedra de molino circular. Más adelante se rectifica y se sitúan todos estos materiales romanos y el molino en la capa I, pues ésta, entre la casa 1 y la muralla, es muy potente (más de 1 m de espesor) y con mucha piedra, por lo que la similitud entre la capa I y II de las dos zanjas es sobre todo entre las estructuras 1 y 2. De hecho la excavación de esta casa 1 es muy compleja debido a la gran cantidad de piedras del derrumbe de la muralla. Por otro lado en la capa III al oeste de la casa 2 todos los cacharros parecen del tipo “indígena”. Estas capas III y IV del exterior de la casa 2 son muy similares a las de la zanja 1, sólo que en la zanja 2 aparece más material.

Se le llama zanja 1-2 a todo el sector comprendido entre las zanjas 1, 2 y el ángulo NE de la muralla, así como a la zona entre 3, 4 y 5A-B. El relato de los hallazgos y capas de esta zona es mucho más impreciso. Sí que se especifica la secuencia estratigráfica de la cara interna de la esquina de la muralla, utilizando los números del primer corte estratigráfico que se realizó (los de la figura 2): sobre la roca natural un amontonamiento de piedras semejante al número 16, encima el 15, el 8 y el 3. No se aprecia el 7. Pese a que supuestamente aquí se está narrando la secuencia interna de la muralla, lo que seguramente se está describiendo es la secuencia externa pues los números utilizados corresponden con ésta y no con la interna. El diario es poco claro en este punto.

Los últimos diez días de excavación de 1962 (del 12 al 22 de septiembre) se dedican a excavar las casas 3 y 4, así como la zona entre ambas. Es en esta fecha cuando se numeran las estructuras, lo que da un error en las descripciones de los días 12 y 13 de septiembre, ya que se refieren a la casa 3 como casa 4 y viceversa. Más adelante queda rectificado el error. El interior de la casa 3 se comienza a excavar por sectores y ya se localiza un gran hogar central y la compleja puerta de entrada. Junto al muro oeste de la casa 4, entre las capas I y II, aparece otro fragmento de molino circular. Muy cerca, junto al muro de la casa 4, en el lado NO, pero en la capa III, sale a la luz un gran laciforme con botón central perfectamente conservado. En la infrayacente capa IV, esta vez al sur de la casa, encuentran un fragmento de cerámica con estampillas de triángulos rellenos de puntos, moldura con incisiones verticales y línea de SSS abatidas. Al nivel de la capa III entre las casa 3 y 4, al sur, se localiza el muro de lo que se llama casa 5.

El día 18 localizaron los muros cuadrangulares de la casa 6 y en su interior cerámicas con el cuello flexionado y degasante con abundante mica y un fragmento de TSH Drag. 15/17 con el *sigillum* fraccionado. En el croquis que realizan de la pieza parece leerse en la parte final del sello las letras: ... O? N C.

El 20 de agosto de 1963 comenzó la segunda campaña de excavación del castro. Se encontraron que los muros que habían exhumando el año pretérito estaban muy deteriorados, y, en algún caso, completamente destruidos. Prepararon losetas para su restauración. Siguió excavando en los días sucesivos la zona comprendida entre la estructura

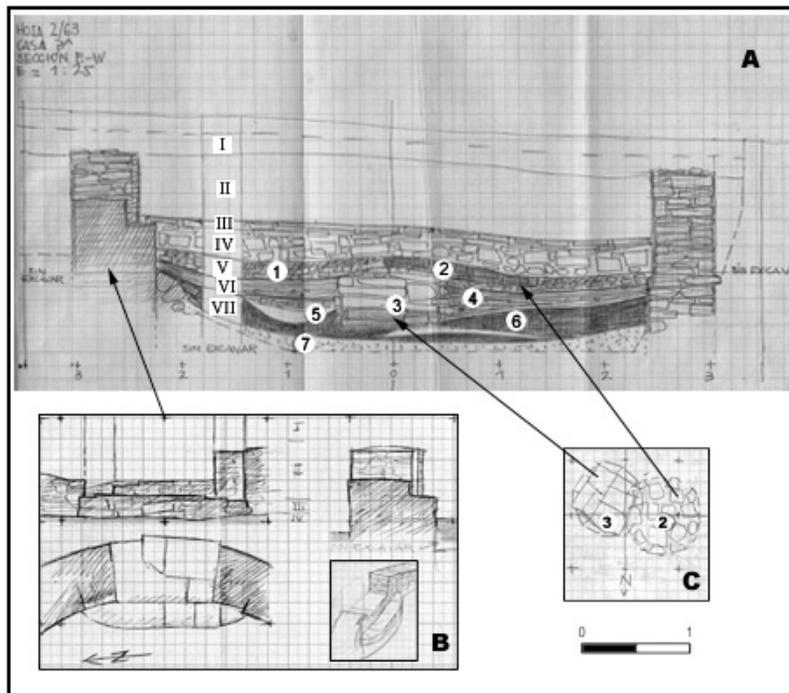


Figura 3. - Perfil estratigráfico de la estructura 3 (A), detalle de la puerta de entrada (B) y planta de la superposición del hogar sobre la estructura central (C), según los diarios de 1962 y 1963. Se corresponden con Maya 1987/88: fig. 17, B.

4 y la 6, con el fin de sacar la cara interna de la muralla, así como el interior de la estructura 3.

De ésta se excava la capa V, la cimentación del muro y un tosco enlosado ante la puerta. La capa V se interpreta como el piso que está en relación con el escalón y con la puerta, pues queda por debajo de ellos (fig. 3, B). Es una capa muy irregular que cerca de la puerta parece una continuación de la IV, mientras que en otros puntos apenas existe. Es una masa de tierras sueltas con carbones y barro o arcilla cocida, con menos piedra que la IV y no colocada horizontalmente. La capa III es un piso rehecho. Llegan a la capa VI, arcillosa con carbones y pequeñas capas de tierra negra y roja, dejando como testigo el centro de la habitación. Comienzan el croquis a escala del corte estratigráfico de la casa 3 (fig. 3, A, que equivale a Maya: 1987/88: fig. 17, B), cuya leyenda es la que sigue:

1 - Estrato V. Tierra de color pardo con piedra menuda; el conjunto es mucho más compacto que el estrato IV, sin huecos.

2 - Zona de piedras medianas amasadas con barro rojo. Las piedras conservan el aspecto de un enlosado. No hay restos de carbón. Los bordes de la zona son claros. La forma es elíptica y desviada al

oeste de la casa. Corresponde al estrato V (fig. 3, C).

3 - Estructura formada por grandes piedras asentadas con finas capas de barro amarillento, igual que las paredes de la casa. No hay resto alguno de carbones. La planta es casi cuadrada, de unos 70 cm de lado. Algunas lajas más pequeñas redondean algo los lados (fig. 3, C).

4 - Masa arcillosa amarillenta con muy poca piedra; presenta vetas y pequeñas capas de tierra cenicienta roja, negra y blanca, especialmente debajo de 2.

5 - Bolsas horizontales de arcilla muy dura, de color tostado. Sin piedras ni otra irregularidades.

6 - Barro arcilloso casi negro, con pequeños carbones y partes terrosas, especialmente en la zona de la puerta. Puede corresponder a la capa IV del exterior.

7 - Masa compacta de piedras y tierra arenosa, con manchas de 6 y límites imprecisos.

Aparece una fibula transmontana en la zanja 1-2, en los alrededores de la casa 3, al final de la capa II. También se dan cuenta de cómo el muro oriental de la casa 4 está completamente destruido. Al

excavar su interior se intentan hacer correlaciones con la estratigrafía de la casa 3, algo que no resulta sencillo pues ambas estructuras poseen secuencias bastante diferentes. En líneas generales el final de la capa IV de la casa 3 se equipara al final de la II de la casa 4, y en consecuencia la V de la casa 3 y la III de la 4 también serían equivalentes. El cambio de estrato al final de la capa II se constata por un cambio de la coloración. Es en ese cambio cuando aparece un banco corrido adosado a la pared (fig. 2, B), a 80 cm de la puerta de entrada, que difiere con respecto a la de la casa 3. La relación estratigráfica de la casa 4 (fig. 2, C, equivale a Maya 1987/88: fig. 18) se presenta de este modo:

I - Tierra clara con piedra menuda, de construcción.

Ib / II - Tierra roja con mucha piedra de mayor tamaño.

II / III - Tierra gris con carbones y cenizas, suelta pero arcillosa.

IIb / III - Continuación de la capa anterior, con un simple cambio de color: achocolatado. Sobre la capa siguiente las piedras se hacen más frecuentes e irregulares a semejanza de la capa IV de la casa 3.

El día 21 decidieron intervenir en la muralla SO del castro con el fin de marcar la situación del muro y del foso. Realizaron 2 zanjas paralelas gracias a las cuales documentaron 5 fosos defensivos de forma curva, de los cuales sólo el penúltimo tiene un muro.

El 28 de agosto limpian la zona entre la muralla y la casa 1 documentando como los lienzos exterior e interior de la muralla se incurvan hacia el centro de ésta “como si el ángulo NE fuera una plataforma independiente, o bien la plataforma estuviese en el lado sur del ángulo excavado”. Se trata de la primera constatación arqueológica de una muralla de módulos asturiana. El día 30 ya tienen localizados por el exterior todos los módulos que componen la muralla hasta la puerta. En esta zona aparece una estructura adosada al exterior de la muralla, paralela a ésta, que es interpretada como una rampa de acceso y un muro perpendicular a la muralla en el quinto tramo, de 6,6 m por 80 cm de ancho. Entre la muralla y la casa 1 continúan los mismos problemas estratigráficos que en 1962. Allí les aparece una fibula Aucissa, junto al muro interno de la defensa, que son incapaces de situar estratigráficamente. Por el interior de la muralla se limpia sólo hasta el arranque del “tramo” [módulo] 3, y aunque

no se excava se localiza la casa 8. Por el exterior toman como límite la parte alta del castro, donde encuentran bloques grandes de piedra trabajados por ambas caras y placas de pizarra agujereadas. Se descubre el final de la muralla, con un empedrado irregular y un acceso escalonado.

Se señala la próxima área de excavación, el rectángulo 5B, llamado así por esperarse encontrar dentro la totalidad de la estructura 5B. El objetivo es avanzar hacia el sur para completar la excavación de 1962. Al final de la capa II al oeste de 5B hay dos líneas de piedras sin cortar, mal asentadas, a un metro de la superficie, que se interpretan como aterrazamientos para contener la tierra en esta zona de fuerte desnivel. El interior de la estructura 5B tiene un relleno de lajas horizontales en lugar de la capa I. De hecho la cara interna del muro está sin labrar, mezclándose las lajas que forman el muro con el relleno. La cara externa es absolutamente regular. En esta zona de excavación los estratos adelgazan bastante según se avanza hacia el sur (pendiente arriba). Localizan el muro exterior de la casa 7, así como un muro que lo rodea por el sur (7B). El muro de 7A está cimentado hacia el final de la capa II (tierra gris muy suelta similar a la del exterior de las casas 3 y 4), sin embargo el muro de 7B está cimentado en la capa IIb / III, por debajo de una capa muy fina de carbones (fig. 4).

El 2 de septiembre comienzan los trabajos en el siguiente rectángulo de excavación, la zona 5-2. En ésta aparece la casa 9, oblonga y con el extremo semicircular, que no se excava.

Entre el 7 y el 10 de septiembre, fecha esta última en la que finalizó la excavación, excavaron los sectores 9-2 y 1-10, llamados así por las estructuras que los delimitan. De la primera de estas zonas se da noticia de la aparición en la capa IIb de una pequeña cazoleta de bronce con cuatro agujeros.

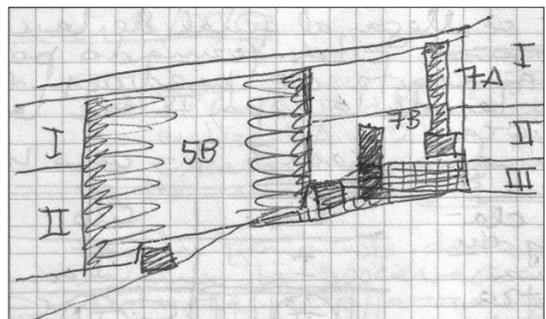


Figura 4.- Croquis de la sección de 5B, 7A y 7B, según los diarios de 1962 y 1963.

No se vuelve a aludir a ella ni nosotros la hemos podido localizar en el museo. Entre las casas 2 y 10 se recogen bastantes fragmentos de un gran vaso con incisiones y estampillas, en la capa IIb / III, “sobre el supuesto piso del poblado”, sin que haya más hallazgos en esa parte. La capa IIb es muy espesa en la zona aneja al muro de la casa 2, formada por barro rojo, a veces compacto, y a medida que se aleja de la casa más suelto y de color terroso. El mismo barro se encuentra en el interior de la estructura. Al sur de esta casa 2 una placa rectangular de bronce, con agujeros en los extremos, y decorada con tres triángulos rellenos de líneas paralelas incisas. Se vacía completamente la casa 2 hasta la capa IV que se define como el “nivel de habitación”.

3. Los materiales

En Asturias han sido frecuentes las adscripciones etnicistas de la cerámica. Los primeros ejemplos los encontramos en el núcleo duro del historicismo cultural, ya sea en el sentido de los capsenses africanos (Martínez Santa-Olalla 1930: 100) o cuando se afirmó la celticidad de los castros asturianos usando como argumento un galbo de cerámica excisa de Coaña (Uría Ríu 1941: 347). Otros ejemplos más recientes los encontramos en los intentos de J. L. Maya de definir tres zonas culturales en Asturias usando como argumento la supuesta cerámica soteña de la Campa Torres que vincularían esta zona con la Meseta y las líneas bruñidas que enlazarían el occidente de Asturias con el NO (1989: 63). En la misma línea podemos situar el intento de Ángel Esparza de buscar una “cerámica astur” (1983: 86). Esta tendencia historicista y tipologicista también se encuentra, desgraciadamente, aún muy presente en los estudios cerámicos de la Protohistoria de la Meseta Norte, donde las producciones a torno oxidante con bandas se siguen llamando “celtibéricas” (Escudero 1999: 275; Romero Carnicero 2001: 137), usándose como argumento por algunos autores para afirmar el carácter celtibérico de los castros de la Cantabria actual y la zona oriental de Asturias (Peralta 2003: 288), pese a que estas producciones no superen la línea marcada por el castro de Celada Marlantes. Junto a los análisis etnicistas otro tipo de estudios frecuentes son los funcional-económicos, en los que sólo se tienen en cuenta la función culinaria o de almacenamiento de los cacharros (p. ej. Manzano 1985), sin compaginar estas explica-

ciones con los significados históricos concretos de las piezas, es decir, con el aspecto simbólico de toda cultura material.

A ello se suma en el occidente de Asturias la todavía hoy frecuente confusión de la cerámica “común romana” con la prerromana, ya que al compartir ambos conjuntos formas y decoraciones es muy dificultoso diferenciarlas si sólo tenemos en cuenta el aspecto formal final de las piezas. Otro problema añadido es la ausencia casi total de publicaciones de la cerámica prerromana de los castros occidentales excavados metodológicamente.

Una forma de atajar estos inconvenientes a la hora de estudiar la tecnología de un grupo humano concreto, en nuestro caso la tecnología cerámica, es la aplicación de las Cadenas Tecnológicas Operativas (CTO) (sensu Lemonnier 1986: 149, 1993: 3). En definitiva se trata de ver cómo la tecnología de cada grupo es diferente pues ésta responde a pautas sociales, por lo que los constreñimientos medioambientales son sólo uno de los factores que se deben tener en cuenta como criterio analítico. Las CTOs nos permiten ver todas las “decisiones tecnológicas” –y por tanto culturales– que llevan una materia prima desde su estado natural a su estado fabricado, y que en definitiva son las leyes que gobiernan la acción sobre el mundo material. Desde esta perspectiva se le da tanta importancia al conocimiento tecnológico específico –que no está sólo constreñido por los fenómenos físicos, como la materia y la energía, como postulan las aproximaciones tradicionales, sino que se encuentra embebido en un amplio sistema simbólico– y a la acción, como a la materia prima y las herramientas, formando todos ellos un sistema tecnológico (no en un sentido sistémico de redes causales). Los sistemas tecnológicos de cada sociedad suelen estar relacionados estructuralmente (por ejemplo la tecnología cerámica con la metalúrgica o con la tecnología del cuerpo). En este tipo de estudios se evita el determinismo unidireccional, primándose la correlación y reciprocidad entre sistema tecnológico y organización social, a la par que permite aplicar uno de los principales avances del postprocesualismo, como es aunar en un mismo modelo explicativo lo funcional y lo simbólico del mundo material. El estudio de las técnicas nos permite aproximaciones sociológicas porque las técnicas son sobre todo producciones sociales, siendo la cultura el principal constreñimiento de la técnica, y no la naturaleza.

Las aplicaciones concretas de las CTOs a la cerámica han puesto el acento en dos componentes analíticos básicos: por un lado estarían las conceptualizaciones que el alfarero/a tiene del cacharro que va a realizar. En éstas se incluye la topología o forma de la pieza, la paronimia –cómo se conceptualizan las diferentes partes del cacharro– y la secuencia de montaje. Por otro lado se encuentran las funciones ejecutivas y las herramientas usadas para llevarlas a cabo, donde básicamente lo que se estudia es la rotación –presente prácticamente en casi todas las CTOs cerámicas, excepto en las que usan moldes–, los soportes utilizados y el control de la forma de la vasija, así como otras funciones ejecutivas cuyo fin no es tanto crear formas sino corregirlas ya obtenidas, como puede ser cortar, raspar o alisar (Van der Leeuw 1993: 256-283). Conceptualizaciones y funciones ejecutivas se corresponden con los momentos y componentes estratégicos de una CTO, que nos dan la clave de los límites dentro de los que puede variar una CTO sin que esta se vea alterada completamente. Lo importante para nosotros como científicos sociales es ver qué tipo de control social tuvieron esos componentes estratégicos (Lemonnier 1986: 154-155). Mención aparte merece la decoración –o la ausencia de ella–, como veremos más abajo.

En el lote de piezas que hemos estudiado de San L.Luis hemos encontrado básicamente una CTO prerromana y dos CTOs romanas, la de la “vajilla común” o cerámica de tradición indígena realizada en época romana y la de la cerámica de lujo romana o Terra Sigillata, que es la que cuenta con más estudios específicos y por lo tanto es de la que menos hablaremos. Otra CTO diferente y también representada en el “barrio bajo” es la conocida como “cerámicas de paredes finas”. Para las formas y la paronimia contamos con el inconveniente de que en ningún caso disponemos de perfiles completos. No obstante, en la CTO prerromana, por la información que se desprende de los fondos y del arranque de los hombros podemos decir que los cuerpos de las vasijas tienden a ser globulares, con los perfiles continuos. Los fondos son siempre planos y entre los bordes contamos básicamente con seis tipos, representados por multitud de variantes: bordes exvasados curvos, bordes exvasados facetados/aristados, bordes rectos/ligeramente exvasados con inflexión marcada en el arranque del hombro, bordes exvasados curvos con orejeta perforada –en un momento avanzado desaparece la orejeta–, borde

recto de gran tamaño con el labio engrosado y redondeado con la parte superior plana y, en un último momento, los bordes de grandes platos o fuentes. Respecto a la secuencia de montaje lo característico de esta CTO es que las piezas al menos fueron realizadas en dos partes: por un lado la base y el cuerpo, y por otro el borde. Posteriormente se unen ambas partes, pero no contamos con datos suficientes como para saber en qué orden se crearon dichas partes. Respecto a las funciones ejecutivas con las que se confeccionaron aquellas cerámicas podemos decir que la rotación nos da una de las claves de esta CTO. Los fondos y las panzas se realizaron mediante churros o colombinos, lo que supone una rotación lenta en la que las manos se deslizan sobre la pieza más que la pieza deslizarse entre las manos. Es lo que habitualmente se caracteriza como torneta o torno lento, pero que simplemente puede tratarse de una estera a la que se hace girar sobre el suelo de tierra, de un cacharro previamente hecho sobre el cual se sitúa la nueva pieza, etc. Un rasgo característico de esta ejecución son los fuertes cambios de grosor de las panzas en la misma horizontal, algo muy improbable en rotaciones rápidas como las del torno de pie o cualquier tipo de torno rápido. La variedad de los ejemplos antropológicos y arqueológicos en el apartado de la rotación es innumerable. Sin embargo los bordes fueron realizados mediante una rotación más rápida y un acabado más cuidado. Ello les da un aspecto de torno rápido, hecho que ha llevado a error a numerosos investigadores, ya que muchas veces son estas partes de las piezas las únicas que se tienen en cuenta a la hora de realizar tipologías. No obstante en muchos hemos apreciado de nuevo los cambios de grosor característicos. Una consecuencia de la secuencia de montaje es el hecho de que haya tan pocos bordes en los que se conserve parte de la panza ya que las cerámicas tienden a romperse precisamente por la zona por la que fueron unidas. El resto de funciones ejecutivas con las que se consigue la forma final de la pieza son básicamente dos, que tienen una estrecha relación con las técnicas de urdido de colombinos: el espatulado y el escobillado, con las cuales se matizan las diferencias de grosor y superficie. Este último lo vemos aplicado de modos muy diversos, pues aparece de modo cuidado, especialmente en piezas que luego llevarán decoración, y también de forma más grosera. Se aplica tanto en una sola dirección como en direcciones cruzadas, lo que Maya llamó “peine al-

ternante”, que confundió con cerámicas medievales (1987/88: 247). El escobillado se aplica preferentemente en las superficies externas de las piezas. Pero la función ejecutiva más frecuente en el elenco cerámico prerromano de San L.Luis son las líneas bruñidas horizontales por rotación. Ésta, al contrario que las dos anteriores, ha de realizarse con la pasta ya endurecida, y aplicando sobre la superficie una herramienta de punta redondeada o bien un canto rodado, mientras se hace girar la pieza lentamente (con una mano se agarra el cacharro, seguramente por la boca, y se le hace girar, mientras que con la otra mano se sujeta la herramienta bruñidora). Esta técnica la encontramos en todos los tipos cerámicos y aplicada desde el labio hasta el fondo, y tanto en el interior como en el exterior, por lo que uno de los fines de esta técnica quizás seas impermeabilizar las piezas. Son pocos los casos en los que se realizó de modo que las líneas quedaran de modo regular, lo que denota rotaciones lentas, siendo frecuentes pequeñas líneas para tratar aquellas zonas que no son posibles por rotación, como por ejemplo las orejetas. Los bruñidos homogéneos son minoritarios en comparación con los escobillados y las líneas bruñidas por rotación, y creemos que se desarrollaron principalmente al final de esta CTO, quizás en un momento en el que ya se solape con la CTO de la “cerámica común romana”.

Las decoraciones que imperan son las líneas bruñidas verticales, las líneas bruñidas oblicuas, la combinación de ambas y la retícula bruñida. Sólo se dan en los bordes rectos –a partir de la inflexión del hombro– y en los bordes de orejeta perforada –también a partir del arranque del hombro–. A veces se marca el arranque de la decoración con una línea bruñida horizontal más amplia. La herramienta utilizada parece la misma que la empleada para las preparaciones superficiales mediante bruñido por rotación. Sólo contamos con tres casos de estampilladas y con alguna línea incisa horizontal –a veces se combinan dos líneas incisas con otra que hondea en su interior–. También contamos con molduras en el hombro, que creemos que acompañan casi exclusivamente a los bordes exvasados curvos, que en alguna ocasión llevan la moldura en la parte externa del borde.

Las pastas son en líneas generales hojaldradas, poco compactas, con grasantes cuarcíticos sobre todo –en algunos contenedores éstos son de gran tamaño–, acompañados en ocasiones de nodulillos naranjas –quizás por haberse utilizado cerámica ya

cocida y machacada como grasante–. Las coloraciones son pardas y anaranjadas, con frecuentes cambios de color en un mismo cacharro, que denotan cocciones mixtas en hornos sencillos en los que seguramente el combustible estuvo en contacto directo con las piezas.

Indirectamente hemos documentado la existencia de una herramienta, posiblemente de madera, que debió tener unas cuatro o cinco púas alineadas en un frente de no más de 2 o 3 cm, usada tanto para suturar los colombinos –se aprecian claros negativos de esta herramienta en algunas orejetas– como para los posteriores escobillados.

La CTO de la “cerámica común romana” que encontramos en el occidente asturiano, muy similar a la del resto del Conventus Lucense, ha quedado bien definida en artículos recientes sobre el lote cerámico del Chao Samartín. No obstante resumimos algunas de sus características principales debido a la aplicación directa que tienen sobre los ejemplares de San L.Luis. Respecto a las formas que se conceptualizan en época romana una de las características principales es la multiplicación de tipos. Si bien las ollas de borde exvasado curvo siguen teniendo un papel preponderante, compartido en época prerromana con aquellas piezas de borde exvasado facetado, y también se mantienen las grandes orzas con nervaduras, ahora aparecen bordes cóncavos a los que se les aplican tapaderas, ollas monoasadas, vasos y tazones con carenas y asas, jarras de diferentes tipos, platos, cuencos y fuentes engobados, etc. Los fondos siguen siendo en su gran mayoría planos. Aparecen ahora los cuerpos flexionados –en época prerromana en San L.Luis sólo ocurre con los bordes– mediante carenas, y se desarrollan notablemente los elementos de sujeción como las asas. Pero quizás lo más característico sea la secuencia de montaje ya que en época romana se realiza de una sola vez, levantando la pieza desde la base al borde, algo que está íntimamente ligado a la función ejecutiva que caracteriza la CTO de este periodo, la rotación rápida mediante torno de pie. Vemos como el espatulado, el escobillado y las líneas bruñidas horizontales por rotación prácticamente desaparecen, y por el contrario un buen número de piezas pasan a tener bruñidos homogéneos por toda la superficie externa, especialmente en la “vajilla para beber”. Respecto a las decoraciones las líneas bruñidas –verticales y en retícula principalmente– se aplican sobre un número mayor de tipos que en época prerromana, se

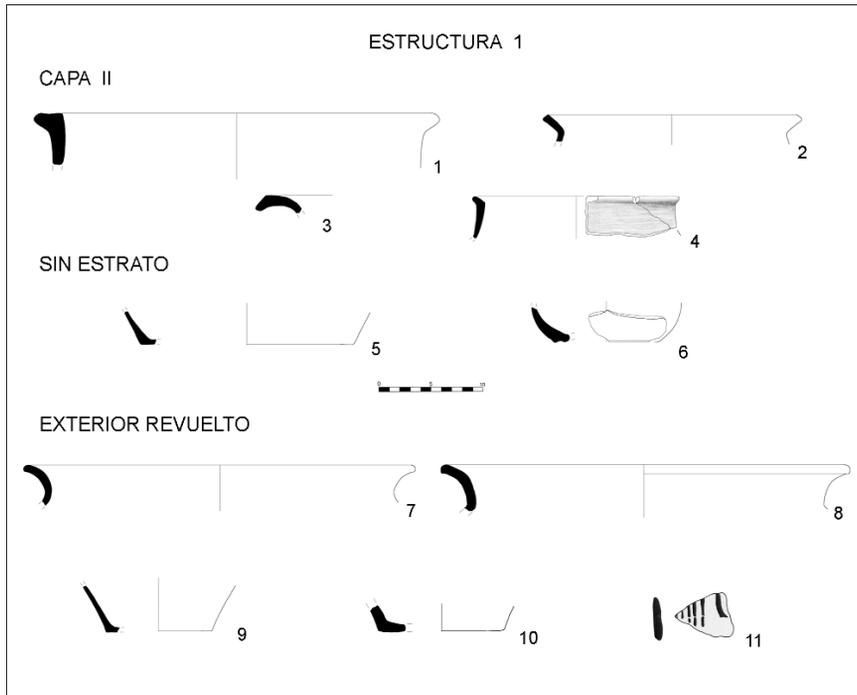


Figura 5.- Cerámicas de la estructura 1. Todas inéditas excepto 11 (Maya 1987/88: fig. 54, A).

mantienen las molduras sobre ollas y orzas de borde cóncavo, y aparecen también decoraciones novedosas como el engobe “rojo pompeyano” y la pintura –especialmente sobre las jarras, tanto de cuello cilíndrico como las trilobuladas–. El porcentaje mayoritario de las piezas posee pastas micáceas, que les da un aspecto brillante. Casi un 10% de las piezas de la “vajilla de mesa y despensa” poseen pastas bien decantadas, compactas, de roturas rectas (Benítez, Hevia y Montes 1999; Hevia, Montes y Benítez 1999).

En la estructura 1 (fig. 5) vemos en la capa II con el número 1 un contenedor de borde recto, labio engrosado redondeado al exterior y aplanado en la parte superior (sólo hemos localizado dos contenedores de este tipo en todo el “barrio bajo”). Destacamos también la diversidad de los borde facetados (2 y 3) las líneas bruñidas por rotación del borde recto (4). El resto de los bordes de la CTO prerromana son de contenedores, ya sean curvos (7) o ligeramente facetados (8). De la CTO “común romana” tenemos dos fondos con marcas de torno rápido en su cara interna (5 y 9) y un galbo con decoración de líneas pintadas, de cocción oxidante de alma reductora (11). Aparece un fondo de TSH, de pasta rosada y barniz “rojo inglés” (6). En estas cajas también aparecían galbos de pasta micácea y

cocciones oxidantes (CTO “común romana”) entre galbos de CTO prerromana (algunos con líneas bruñidas oblicuas) en la capa II, y también numerosos galbos de CTO prerromana, casi todos con bruñido horizontal por rotación y alguno decorado con líneas bruñidas verticales, entre galbos muy rodados de TS, en el exterior revuelto.

En la estructura 2 (fig. 6) tenemos un fondo de CTO “común romana” en la capa Ib/II cuya característica principal es haber sido repasada su parte inferior, confiriéndole tres acanaladuras concéntricas (1). En contraste la capa IV solo arroja materiales de CTO prerromana: bordes facetados (de 2 a 5, y 8, teniendo 2, 4 y 5 bruñido horizontal por rotación) donde 2 y 8 seguramente son contenedores, bordes con moldura exvasados curvos (6 y 7, también contenedores) y bordes rectos con decoración de líneas bruñidas sobre un preparado superficial de líneas bruñidas horizontales por rotación (de 9 a 12). Entre los galbos y fondos de estas cajas no dibujados son frecuentes las preparaciones superficiales de bruñido por rotación, decorándose alguno de los galbos con líneas bruñidas verticales y oblicuas, por lo que seguramente corresponden a alguna de las piezas de los bordes rectos. Del exterior destacamos uno de los galbos con estampillas (SSS y rectángulos con parrilla interna) que forma parte

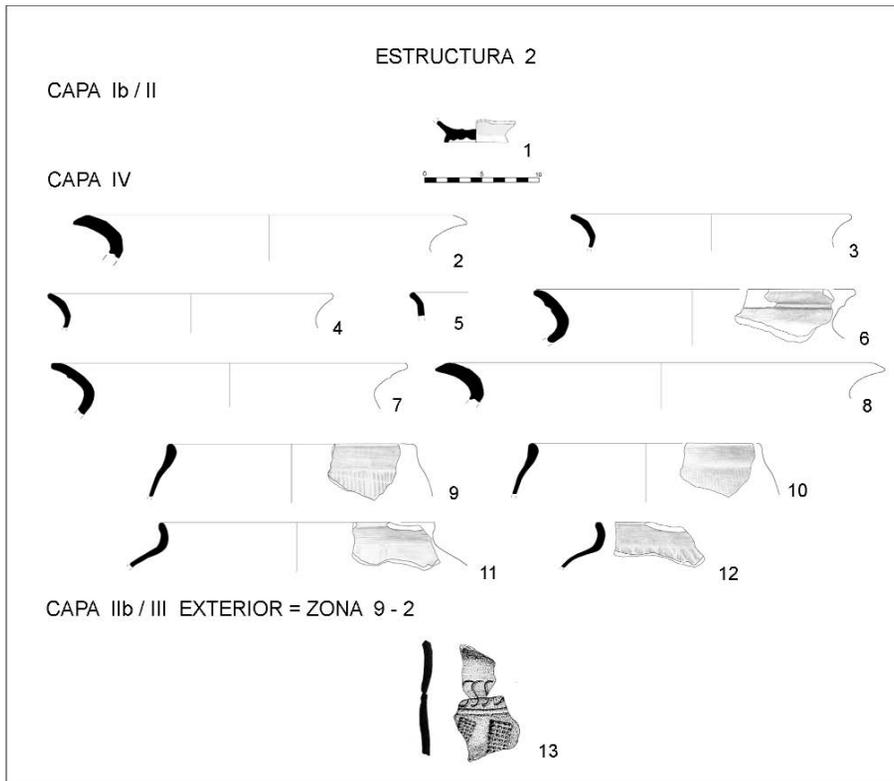


Figura 6.- Cerámicas de la estructura 2. Todas inéditas excepto 13 (Maya 1987/88).

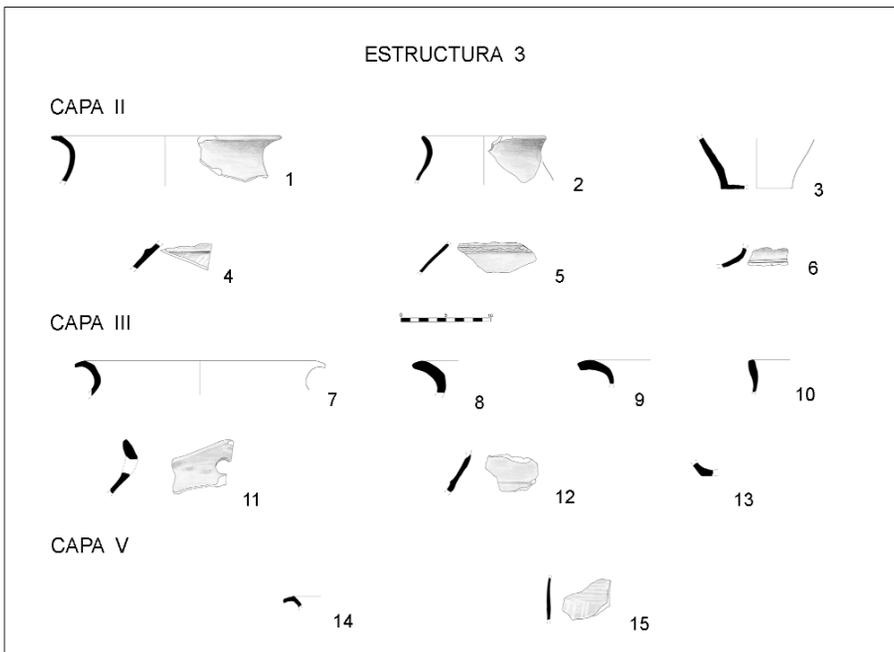


Figura 7.- Cerámicas de la estructura 3. Todas inéditas excepto 5, que se corresponde con Maya 1987/88: fig. 84, B, dibujada de nuevo para darle la orientación.

de un mismo cacharro del que se conservan otros fragmentos (13) (pueden verse fotografiados todos estos galbos estampillados en Escortell 1982: fig. 298).

Es la estructura 3 (fig. 7) la que mejor nos permite ver la evolución de la CTO prerromana a lo largo de la II Edad del Hierro. En la capa II aparte de un borde facetado (1) encontramos un borde con perforación, pero sin orejeta ni engrosamiento de la zona en la que se ha producido el orificio calado (2). También tres ejemplos diferentes de decoraciones típicas de los hombros de las piezas de la CTO prerromana: un galbo con moldura y líneas bruñidas oblicuas sobre un escobillado vertical (4), incisión con herramienta de cabeza roma de dos líneas paralelas con una tercera formando hondas en su interior (5) e incisión de dos líneas paralelas. Sobre el fondo (3) albergamos dudas sobre la CTO a la que pertenece. No se han representado, pero en este nivel aparece también un borde, un fondo y varios galbos, todo ello muy rodado, de TS. De la capa III varios bordes facetados (de 7 a 9, donde 7 y 9 tienen líneas bruñidas externas por rotación), bordes de orejeta perforada (10 y 11) mostrando el segundo de ellos bruñido por rotación tanto interno como

externo, realizado mediante pequeños trazos en la zona de la orejeta y mostrando la parte superior de la perforación un desgaste que indica que la pieza ha sido suspendida mediante una cuerda. Mientras que el galbo con moldura tiene bruñido por rotación (12) el fondo (13) posee un somero bruñido homogéneo tanto interno como externo. El mismo acabado superficial encontramos en el borde facetado de la capa V (14) mientras que el galbo dibujado (15) posee una decoración de líneas bruñidas verticales aplicadas sobre una preparación de líneas bruñidas horizontales por rotación. Galbos muy similares a éste aparecen en gran cantidad tanto en el nivel III como en el V.

Por el contrario la estructura 4 (fig. 8) lo que mejor nos representa es un momento final de la CTO de la Edad del Hierro en su capa II. Diferentes bordes facetados (1, 2 y 5) con bruñidos homogéneos tanto en el interior (2) como en el exterior y exterior (5), bordes curvos (3, 4 y 6) de nuevo con bruñidos homogéneos interno y externo (4 y 6), mientras que el número 3 combina un bruñido interno homogéneo con líneas bruñidas horizontales por rotación en el exterior. 7 es un borde recto, pero sobre todo llaman la atención dos fuentes, una con moldura

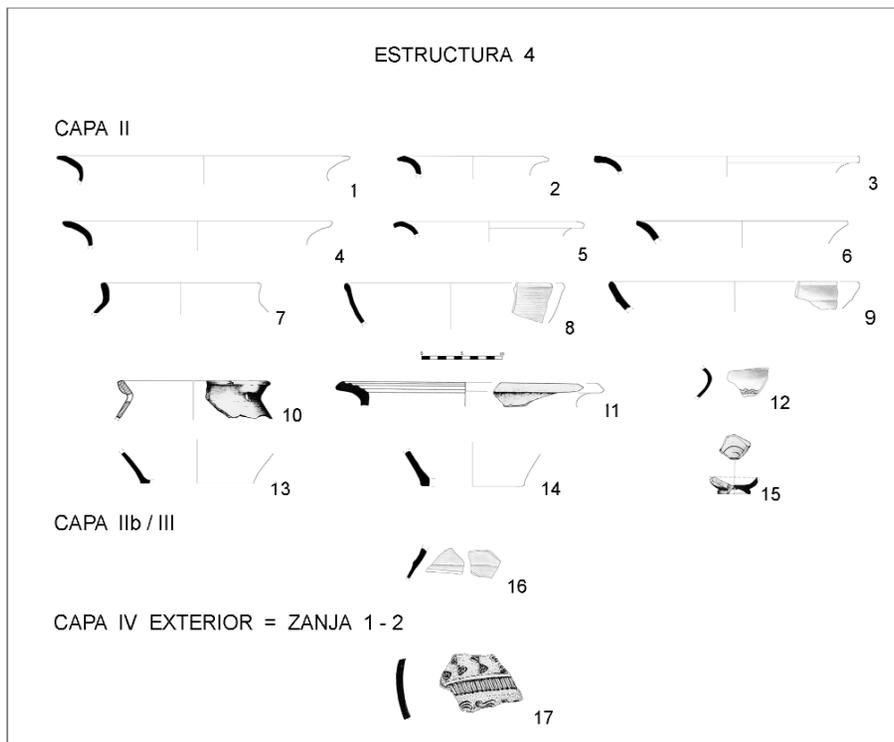


Figura 8.- Cerámicas de la estructura 4. Todas inéditas excepto 10, 11, 15 y 17 (Maya 1987/88: fig. 54, C; 78, B; 63, H y 52, D respectivamente). 10 y 11 modificadas.

exterior y bruñido homogéneo interno y externo (9) y otra tratada su cara externa con las líneas bruñidas por rotación (8), pues son los únicos casos presentes entre el material estudiado. También es única la pieza número 11, publicada y fotografiada por Escortell (1982: fig. 301) y dibujada con posterioridad por Maya (1987/88: fig. 78, B). La primera autora la define como de “barniz rojizo” (Escortell 1982: 68) mientras que Maya la cataloga como de engobe rojo y haciéndola provenir de “la capa superior de una zona indeterminada” (1987/88: 225). Creemos que estos autores se confundieron, pues este borde exvasado, con cuatro acanaladuras en la parte interna, afín a los facetados y que pertenece a la CTO prerromana, no tiene ni barniz ni engobe rojo. Sí que posee un bruñido homogéneo, el más perfecto de toda la CTO prerromana estudiada, sobre una pasta oxidante, lo que le confiere ese color anaranjado/rojizo. Posee importantes cambios de grosor tanto en el borde como en el arranque de la panza que se conserva, lo que evidencian rotaciones lentas. Sus paralelos más cercanos, aparte de los otros dos publicados por Maya de Coaña y San L.luis (1987/88: fig. 78, A y C) y de los cuales también albergamos serias dudas de que se traten de piezas de “rojo pompeyano”, lo encontramos precisamente en uno de los bordes aristados de la I Edad del Hierro de Neixón Pequeno (Rey Castiñeiras 1992 en González Ruibal 2003: 208). Aparte contamos con un borde con perforación, esta vez engrosado, que tiene las características líneas bruñidas por rotación en su cara interna y externa (10), un galbo con decoración de una banda incisa sobre una línea incisa horizontal (12), dos fondos planos (13 y 14) conservando el primero hollín en la cara externa y marcas de alisado en la interna, y un fondo de TSG. También aparecen en este nivel multitud de galbos con escobillados y bruñidos por rotación, media argolla de hierro y dos láminas de hierro, una de ellas con bronce, pero muy deterioradas. De la capa IIb/III destacamos dos galbos (16) que en su cara interna tienen bruñido horizontal por rotación mientras que en la externa destaca un alisado con el que se forma la moldura. En el exterior de esta estructura, en la capa IV, apareció el galbo con estampillas (17) referido al hablar de la excavación de esta estructura (fotografiado en Escortell 1982: fig. 298).

Como vimos más arriba en el interior de la estructura 5B no aparecieron materiales ya que su interior se componía de un relleno de lajas de pizarra.

Por ello los materiales que aquí se presentan son de las capas exteriores (fig. 9). Característico de esta zona son las grandes vasijas, posiblemente contenedores, como vemos en la capa I, sean de bordes curvos (2 y 3) o facetados (5, 6 y 7). El número 3 seguramente es de CTO “común romana”. El número 5 posee bruñido interno por rotación en la cara externa e interna, preparación superficial que comparte con una pequeña olla de borde curvo (1), un borde recto (8) y una orejeta perforada, que además posee restos de hollín (8). También en ésta capa aparece la única fusayola de este “barrio bajo” (9). Aparecen galbos muy rodados de TSH. En la capa II tanto los borde curvos (de 10 a 12) como los facetados (13 y 15) poseen el bruñido horizontal por rotación. El gran contenedor (14), muy similar al descrito de la estructura 1, pese al espatulado y escobillado de la cara externa presenta muy clara la zona por la que se unieron el borde con el cuerpo. Los bordes rectos (de 16 a 18) comparten la preparación bruñida por rotación, poseyendo los dos últimos decoración de líneas bruñidas (verticales y oblicuas en uno y retícula en el otro). Sin embargo, en los galbos que presentan decoración de líneas bruñidas (de 20 a 22) la superficie se preparó mediante escobillado. Destacan otros dos galbos, uno por ser de TSH decorado (23) y otro por tener estampillas de círculos concéntricos (24), que pertenece a la CTO prerromana. Hay galbos de CTO “común romana”: oxidantes y con pastas micáceas (no representados). Mientras los fondos de esta capa (de 25 a 27) son de la CTO prerromana el de la capa IIb/III (28) es de CTO “común romana”.

La estructura 6 (fig. 10), la única cuadrangular estudiada aquí, arrojó una TSH Drag. 15/17 con *sigillum* ilegible, como ya dijimos más arriba. En 1985 se remató la excavación de esta estructura y se obtuvieron diferentes fragmentos de cerámicas de la CTO “común romana”.

La gran cantidad de materiales de la zanja 1-2 (fig. 11) responde a lo amplio de este sector de excavación. Básicamente son materiales de los alrededores de las estructuras 4, 3 y 5 A-B, sin que podamos precisar mucho más. Los tipos presentes en la capa II son los vistos hasta ahora: bordes exvasados curvos (de 1 a 15), bordes facetados (de 16 a 26), bordes rectos (de 27 a 32), de orejeta perforada (33 y 34), un galbo con moldura (35) y fondos planos (de 36 a 41). Prácticamente todo es de la CTO prerromana, excepto la 1 y la 2, claramente “común romana” la primera por la pasta micácea y la segunda

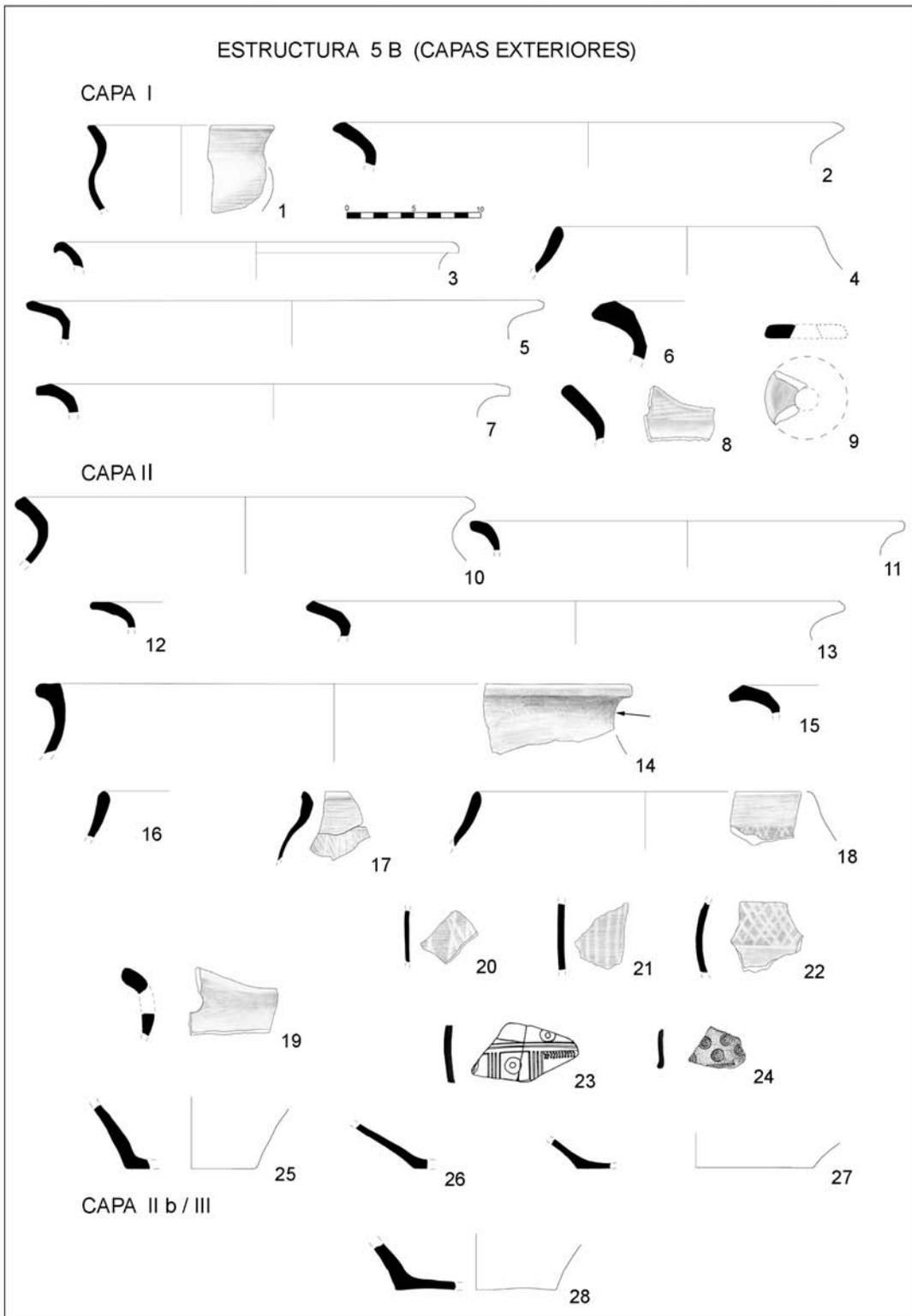


Figura 9.- Cerámicas del exterior de la estructura 5B. Todas inéditas excepto 23 y 24 (Maya 1987/88: fig. 68, F y 49, B respectivamente).

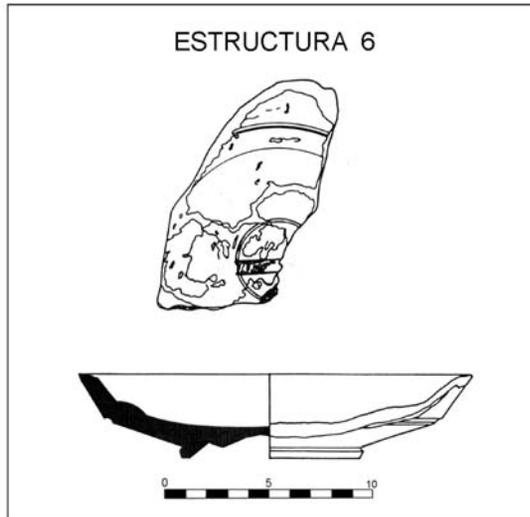


Figura 10.- Fondo de TSH (Drag. 15/17) con fragmento de *sigillum* según Maya 1987/88: fig. 69, E.

por las marcas de torno en su cara interna. Son lo que se ha definido como “ollas lisas de borde exvasado” (Hevia, Montes y Benítez 1999: 170). Excepto cuatro casos que poseen bruñidos homogéneos (7, 9, 10 y 17), el resto tienen sus superficies preparadas por bruñido horizontal por rotación, incluyendo los fondos, en los que habría que precisar que más que bruñido por rotación sería alisado por rotación. 13, 15, 18 y 20 tienen su superficie sin tratar. La 34 tiene evidencias de desgaste en la parte superior de la perforación. Con respecto al I-III, excepto el contenedor de borde facetado (48) tanto el borde de fuente (42) como el borde exvasado curvo (43) y los bordes rectos (de 44 a 47) poseen de nuevo la preparación superficial mediante el bruñido de líneas horizontales por rotación. En el caso de 46 además se añade un fuerte escobillado oblicuo sobre el cual se realizó la decoración de líneas bruñidas verticales. A estas piezas les acompañaban decenas de galbos, con los acabados típicos prerromanos, poseyendo alguno de ellos hollín en su cara externa.

De los materiales hallados entre las estructuras 4, 6 y la muralla (fig. 12) no conocemos la capa de aparición. Vemos cerámicas de la CTO prerromana y de la “común romana”. A la primera corresponden bordes curvos (1, 2, 5, 6, 7 y 8), teniendo las cuatro últimas restos de hollín en su cara externa, en concreto en la 8 sobre líneas bruñidas horizontales por rotación. La número 2, que también podría ser considerada como facetada, es un buen ejemplo del montaje de las piezas. El tratamiento superficial del

borde y de lo que queda de cuerpo es diferente, caracterizando al segundo un espatulado exterior y alisado interior. Son perceptibles todavía las marcas de la herramienta con la que se suturó la zona de unión, donde también hay potentes cambios de grosor. Además dos bordes facetados (9 y 10) con bruñidos homogéneos internos y externos, uno exvasado con moldura en la parte externa del borde y bruñido horizontal por rotación (11) y dos bordes rectos (12 y 13). La CTO “común romana” está representada por dos “ollas de borde exvasado”, habiéndose bruñido el interior de la primera, donde se conserva una marca de torno. Del sur de la estructura 3, capa II (fig. 12), aparte del borde curvo con bruñido homogéneo interno (15) y del facetado con bruñido por rotación interno y externo (14), es destacable la preparación superficial de un fondo (16), que consiste en escobillado alternante interno y bruñido horizontal por rotación externo, resumiéndose en una sola pieza los principales preparados superficiales de la CTO prerromana. Del borde curvo, orejeta perforada, los galbos, uno con moldura y otro con retícula bruñida y el fondo plano (de 17 a 21 respectivamente, fig. 12) de la capa III entre las estructuras 3 y 4, los dos primeros y el cuarto tienen el preparado bruñido por rotación mientras que en el tercero la retícula bruñida se ha realizado sobre un escobillado vertical. En la capa II de la zona 5-2 (fig. 12) continúa una CTO prerromana con un borde curvo (22), dos facetados (24 y 25), una orejeta perforada donde la preparación bruñida por rotación del cuerpo deja paso a pequeños trazos bruñidos en el contorno de la perforación, que presenta un acusado desgaste en su parte superior (23) –luego se decoró, al menos el hombro, con líneas bruñidas verticales– y un galbo decorado con líneas bruñidas oblicuas (26). Curiosa es la caja con los materiales sin estrato de esta zona pues combina los dos tipos de ollas de borde perforado de la CTO prerromana, el más antiguo de orejeta perforada (28), que añade a las características del anteriormente descrito el hecho de que la decoración vertical se realizó sobre un escobillado oblicuo, y el de perforación sobre un borde exvasado curvo, engrosado en ese punto. Aparte de la multitud de galbos que aparecieron, mayoritariamente englobables en la CTO prerromana y con los tratamientos superficiales típicos de ésta, destacamos un pequeño fragmento de orejeta perforada, no representado, cuya sección nos permitió observar como sobre una tira o colombino inicial se aña-

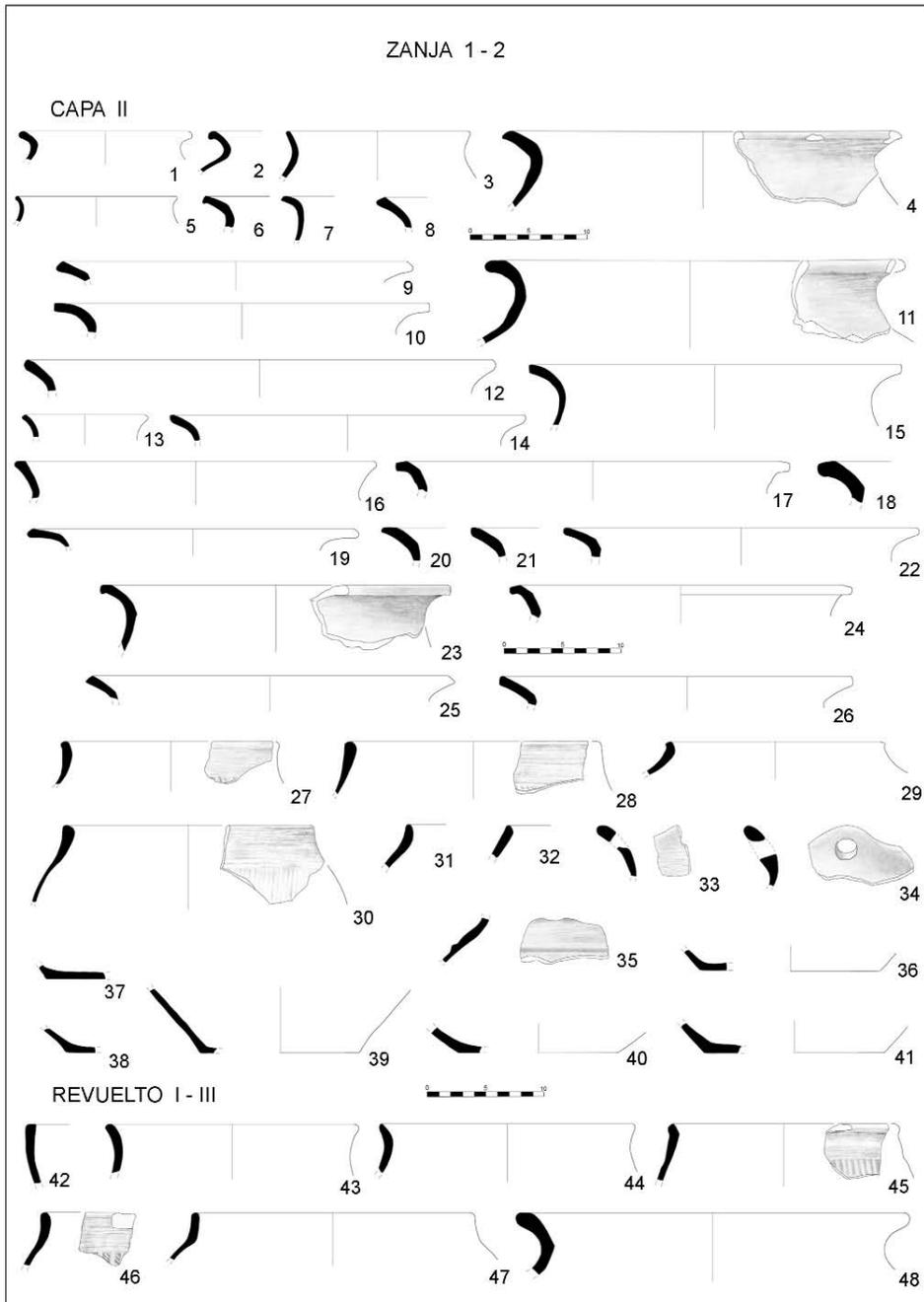


Figura 11.- Cerámicas de la zanja 1-2, todas inéditas.

dió barro con el fin de engrosar la zona en la que posteriormente se realizaría la perforación, lo que nos ayuda a descartar el churro en la realización de estas piezas.

La capa II de la zanja 2 (fig. 13) combina un pequeño fragmento de fondo de TSH, de pasta rosa pálido y barniz exterior “rojo inglés” (6), con un

borde curvo (1), tres facetados (de 2 a 4) y uno recto (5) de CTO prerromana. El 1 y el 3 poseen hollín en la cara interna, adherido en el caso del primero, a un bruñido homogéneo. Entre los galbos de la CTO prerromana aparecen dos muy rodados de TSH. En la zona 9-2 (fig. 13) aparecen representadas las tres CTO a las que aludimos al comienzo

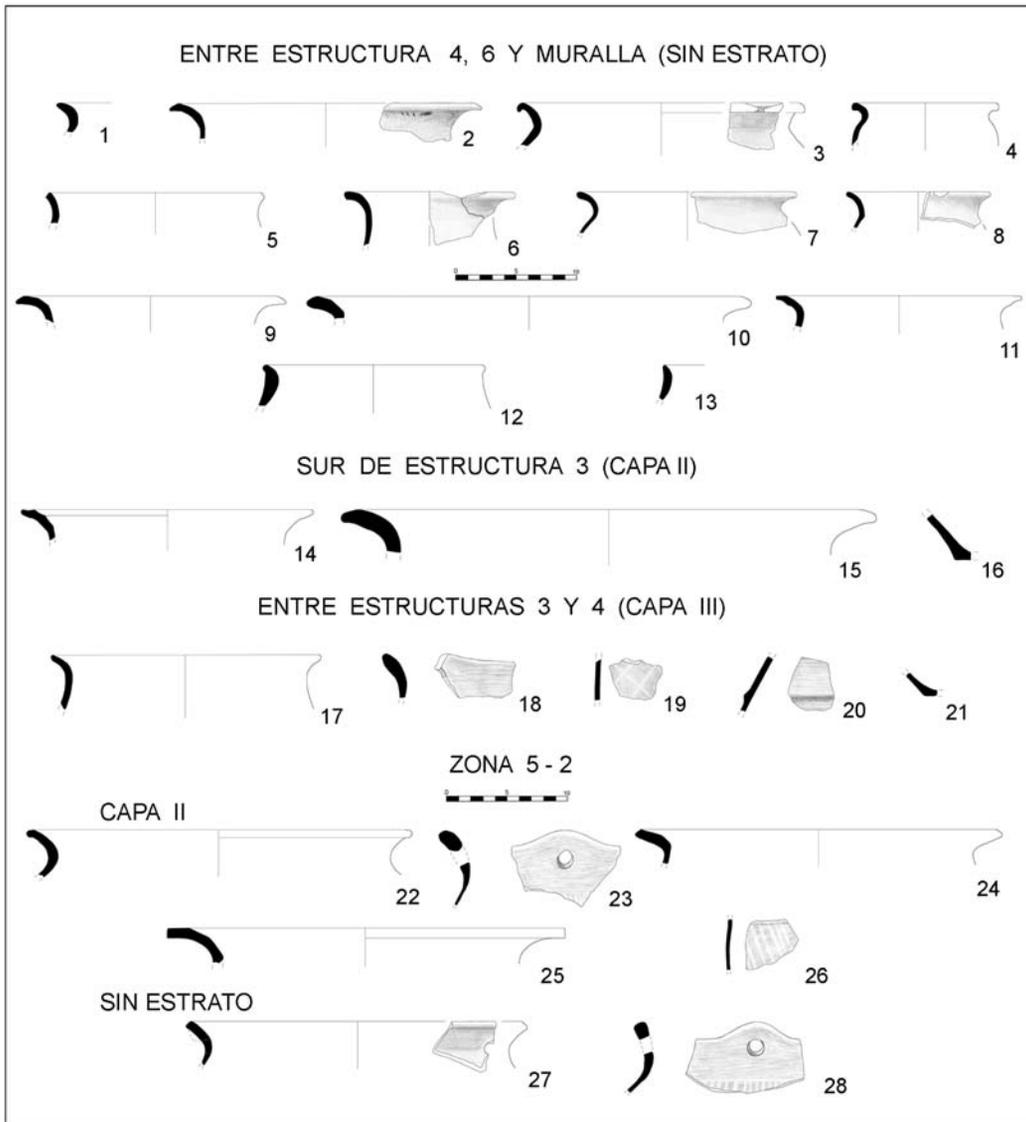


Figura 12.- Cerámicas entre las estructuras 4, 6 y la muralla; de sur de la estructura 3; entre las estructuras 3 y 4 y de la zona 5-2, inéditas.

de este trabajo, a las que podemos añadir otra más correspondiente a las cerámicas de paredes finas, dentro de las vajillas de lujo romanas. El problema de la zona es que sólo un porcentaje pequeño del material fue clasificado por capas, que, por otro lado, no ofrecen excesivas garantías. En la capa III vemos uno de los típicos platos de rojo pompeyano característicos de la CTO “común romana” (7), con degreasante cuarcítico y micáceo, y cuyo labio es el límite entre un exterior bruñido y un interior con el característico engobe rojo, así como un borde curvo con el característico bruñido por rotación de la CTO prerromana. De esta misma tradición tecno-

lógica es un galbo (9), con retícula bruñida sobre bruñido horizontal por rotación, del cual había bastante similares en la caja del museo que seguramente formaban parte del mismo cacharro. Mientras tanto la ambigua capa III ó IV nos presenta dos ollas típicas de la CTO “común romana” (10 y 11), con marcas de torno el segundo ejemplar, mientras que la flexión del borde del primero nos recuerda al de las “ollas monoasadas” (Hevia, Montes y Benítez 1999: fig. 2). También de “común romana” son dos bordes de la capa IV, uno que de nuevo se trata de una “olla de borde exvasado” (14), con hollín tanto en su cara interna como externa, y un borde flexio-

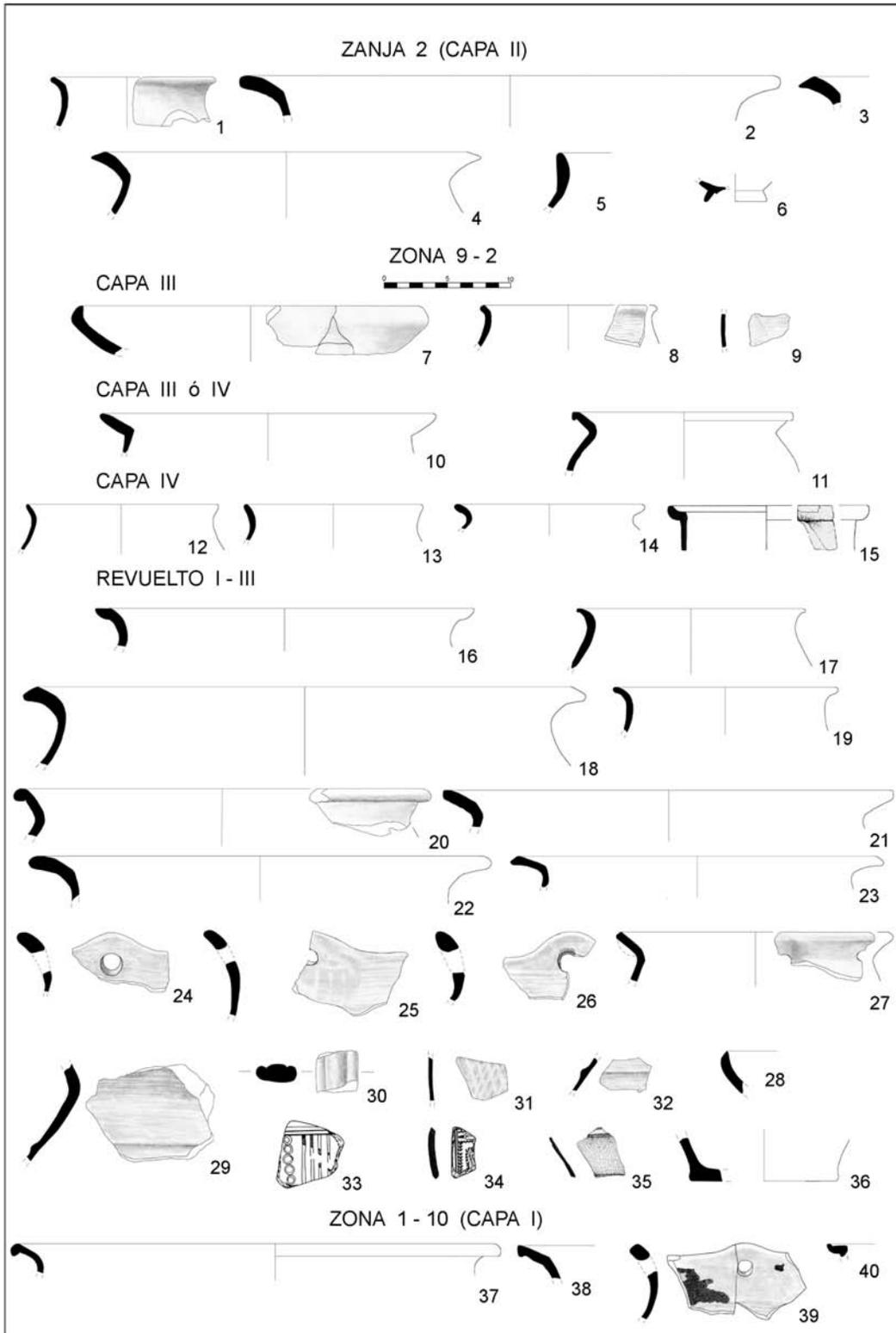


Figura 13.- Cerámicas de la zanja 2; de la zona 9-2 y de la zona 1-10. Todas inéditas, excepto 15, 33, 34 y 35 (Maya 1987/88: fig. 77, D; 69, D; 69, B y 74, A respectivamente). 15 modificada.

nado fuertemente cóncavo de “rojo pompeyano” (15) en la cara interna y en la externa desde el labio hasta la flexión. Dentro de la CTO prerromana del revuelto I-III hay bordes curvos (17 y 19), y facetados (16, 18 y de 21 a 23) con bruñidos horizontales externos e internos. Las orejetas perforadas (de 24 a 26) siguen en líneas generales las descripciones de las realizadas para la zona 5-2 y destacamos el segundo ejemplar por el escobillado vertical previo a la preparación mediante bruñido por rotación. Junto a ellas otra cerámica con dos perforaciones, esta vez sobre un borde facetado (27), con la característica de que el agujero de la izquierda es el original, realizado con la pasta blanda y en un lugar que fue reforzado *ex profeso*. Sin embargo el de la derecha se realizó una vez cocida la pieza, seguramente tras un periodo de uso del cacharro en el que el agujero original debió quedar inutilizado por alguna fractura. De los dos galbos con molduras (29 y 32) el primero demuestra la ubicación preferente de estas decoraciones plásticas en los hombros de las piezas. Restan un galbo con retícula bruñida sobre escobillado vertical (31), un fondo plano (36) y sobre todo una de las pocas asas de cerámica prerromana de este yacimiento (30), con tres molduras paralelas. El borde 28 comparte con el 7 el hecho de que el engobe rojo llega justo hasta el labio y el 20 seguramente se trate también de común romana, pues el labio engrosado redondeado se da en esta CTO. Por último dos galbos de TSH de pasta rosada (33 y 34) y un galbo de “cerámica de paredes finas” (35). De nuevo combinación de CTOs en la capa I de la zona 1-10 (fig. 13): 37 y 40 de la común romana, siendo el segundo un cuenco de “rojo pompeyano” con engobe en ambas caras, 38 es un borde facetado y 39 una orejeta perforada en la que se hizo un escobillado oblicuo primero en un sentido y luego en el otro y posteriormente un bruñido horizontal por rotación, pero sólo en el cuerpo. Además posee marcas de desgaste en la parte superior de la perforación y una potente costra negra de hollín. Del límite entre las zonas 9-2 y 10-1 tenemos en el museo una caja con materiales de la capa IIb/III, que es precisamente en la que aparecieron los fragmentos estampillados pertenecientes a un mismo cacharro, ya mencionados cuando hablamos de la estructura 2. De esta caja no se ha dibujado nada, pero cabe decir que los 94 galbos y los tres fragmentos de un mismo fondo que aparecen son todos de la CTO prerromana.

4. Hipótesis interpretativas y discurso histórico

Compartimos en líneas generales con Ángel Vialla su propuesta interpretativa para la evolución del poblamiento en los castros del occidente asturiano (2002b: 152) y en concreto para el de San L.Luis (2002a: 163 y fig. 2), aunque matizamos las altas cronologías del Bronce Final que propone dicho autor, prefiriendo por nuestra parte hacer coincidir el origen de los poblados fortificados en el mundo cantábrico con la I Edad del Hierro (para una revisión más extensa Marín e.p.). Este modelo en líneas generales consiste en que los castros de la I Edad del Hierro se ubican en promontorios defendidos por defensas naturales a las que se añaden otras de material perecedero, siendo las estructuras habitacionales de fibras vegetales y manteados de barro, mientras que en la II Edad del Hierro pasa a ocuparse el perímetro inmediato, que se fortifica con murallas de piedra y fosos, y la arquitectura doméstica se petrifica. Este modelo se constata a su vez en numerosos ejemplos del NO (González Ruibal 2003) y en los materiales de la I Edad del Hierro de las “acrópolis” de Coaña y Pencia (por ejemplo García y Bellido y Uría Ríu 1940: nota 1).

Diferentes fechaciones radiocarbónicas (Cuesta y otros 1996; Jordá Pardo, Mestres y García 2002) nos permiten rastrear esta evolución de casi un milenio en San L.Luis. No obstante los siete niveles geoarqueológicos y los seis arqueológicos documentados en los años ochenta en el “barrio alto” (Cuesta y otros 1996: 229-230) creo que no deben aplicarse monolíticamente sobre todas las zonas del poblado, ya que el riesgo es pasar por alto las diferentes y específicas sucesiones estratigráficas (en las que no sólo deben tenerse en cuenta los depósitos, sino también las superficies interfaciales positivas –sí documentadas en el diario de los años 60 bajo la forma de muros– y las negativas, como son las zanjas y fosos en sí –no documentadas–) así como las relaciones físicas concretas (Harris 1991), que en definitiva son las que nos van a permitir los análisis contextuales y la cronología relativa entre depósitos y estructuras. Lo que sí puede realizarse en un último momento es vincular las diferentes relaciones estratigráficas de las diferentes partes del yacimiento con diferentes momentos de ocupación del castro. En este sentido la fase de la I Edad del Hierro queda representada por la fecha radiocarbónica UBAR-351, que a su máxima probabilidad, no

baja del 530 a. C. (Cuesta y otros 1996: 231). Pero lo que fecha no es la estructura circular de piedra de los cuadros C-21 y D-21 sino seguramente una estructura de material perecedero previa (Villa 2002a: 163), ya que en el transcurso de la excavación se documentaron una serie de agujeros de poste en la roca madre, algunos de ellos con contornos rectangulares de fragmentos de pizarra (Jordá Pardo, Mestres y García 2002: 31) a una cota inferior a la del suelo de la cabaña circular y formando una sección de arco que no se corresponde con la morfología de la cabaña pétreo circular suprayacente. La acumulación de semillas carbonizadas de la que se tomó la muestra UBAR-351, está en relación con la cabaña de material perecedero de la I Edad del Hierro, y no con la posterior cabaña circular de piedra del nivel VI, que equivaldría a SC.1, bien situada por las dataciones UBAR-350, UBAR-681 y UBAR-682 (Jordá Pardo, Mestres y García 2002) entre el s. IV y el I a.C.³

Es el lapso cronológico entre el s. VI y IV a. C. en el que se produjo un cambio radical en el poblado. No sólo se petrificaron las estructuras habitacionales del “barrio alto” sino que éstas se extendieron hacia el “barrio bajo”, en un plan constructivo en el que previamente se levantó una muralla de módulos –así como los diferentes fosos y parapetos–, se niveló la zona interna de ésta y se levantaron una serie de estructuras circulares de lajas de pizarra. Contamos con una datación para el “barrio bajo” (UBAR-218) que sitúa un basurero anejo al interior de la muralla, con huesos, cerámicas y algún metal, entre el siglo VI y el IV a. C. Es un nivel arcilloso, propio de la descomposición de la base rocosa, muy rico en carbones (Cuesta y otros 1996: 232-233), justo en la zona en la que la muralla de módulos hace una curva hacia el interior. Sus excavadores –esta es una de las zonas que se remató en las campañas de los años 80– lo llamaron nivel arqueológico IV y lo hacen coincidir con el SC.1 y el nivel arqueológico VI del “barrio alto” (Ibid.: 231). Materialmente podemos corroborar esa fecha ya que en este mismo cuadro B7, y en el mismo nivel IV, se obtuvo en 1985 una cuenta de pasta vítrea oculada, con los ojos de color blanco sobre un fondo azul oscuro (fig. 14). Estas cuentas, producto del comercio atlántico púnico, que abundan en la costa norte de Portugal y costa sur de Galicia, se encuadran principalmente entre los siglos IV y II a. C. (González Ruibal 2003: 428), corroborado por los hallazgos de la Campa Torres, en la que alguna se

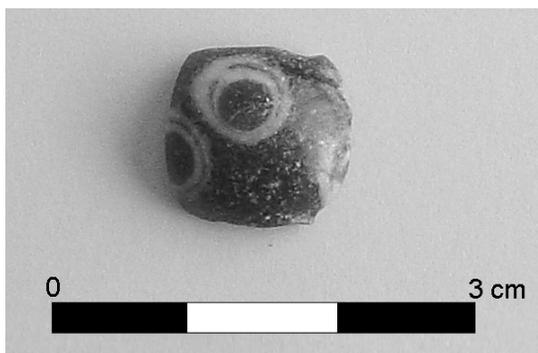


Figura 14.- Fragmento de cuenta oculada de pasta vítrea, del nivel IV de el cuadro B7 de la excavación de 1985 (es el área comprendido entre la zona 1-10 y la zona interna de la muralla de módulos que hace una curva hacia el E).

fecha en el s. I a. C. (Maya y Cuesta 2001: 229). Además el reciente estudio que hemos realizado de los materiales exhumados en las campañas de los años ochenta nos han permitido constatar que en ese nivel IV de B7 la única cerámica que aparece es la perteneciente a la CTO prerromana (Marín y Jordá Pardo 2007). La capa por la que se fecha la muralla es muy similar a la capa VII (estrato 12) de la figura 2, también gris, arcillosa y con carbones, y a la VIII (estrato 13), barro casi negro, con carbones. Ambas también se depositan sobre un nivel de roca descompuesta (fig. 2, estrato 14). Por todo ello podríamos pensar que antes de la construcción de la muralla y de las estructuras del “barrio bajo” se realizó una quema de la vegetación de la zona, siguiendo la tradición milenaria de limpiar mediante combustión. La combinación de las fechas radiocarbónicas y de los materiales exhumados nos hace pensar que este proceso constructivo arrancarí­a como muy pronto en el s. V a. C. Inmediatamente después se construyó la muralla de módulos sobre la roca madre, que en la zona interna habría pasado a formar ese nivel de roca descompuesta. Posteriormente se movería tierra de la zona más interna de este “barrio bajo” –y a una cota más elevada– hacia la muralla, con el fin de nivelar el terreno para crear una plataforma interior a la muralla donde poder construir las casas. Se correspondería con las capas VI y VII de la zanja 1, con abundantes carbones y cenizas por ser fruto de esa quema inicial. Que en la zona donde se dató la muralla aparezcan restos de actividades cotidianas y no en nuestras capas VII y VIII de la zanja 1 podría explicarse por el hecho de que en aquella zona no se proyectó la construcción de casas, dejándose tal cual tras la construcción

de la muralla y aprovechándose después como basurero, y casi con toda seguridad como espacio destinado a trabajos metalúrgicos (Marín y Jordá Pardo 2007), mientras que en el extremo NE, en un periodo cronológico muy corto, se realizaron las nivelaciones descritas así como la de lajas de pizarra (capa VI) en la que se sustenta el muro de la estructura 4, lo que a su vez selló la zona impidiendo que a las capas VII y VIII le llegaran restos de actividad doméstica o artesanal alguna. Posterior a la construcción de la estructura 4 es un pavimento de pequeñas piedras entre la casa y la muralla (capa V), pero seguramente muy cercano en el tiempo a las capas infrayacentes, pues parece todo consecuencia de un mismo plan constructivo que comprende desde la erección de la muralla a la preparación del terreno y construcción de la mayoría de las viviendas circulares de la zona. Todo ello nos permite ofrecer una cronología relativa dentro del yacimiento para las cerámicas de la CTO prerromana. Si nos planteamos que el origen de estas casas se encuentra situado en un momento temprano de la II Edad del Hierro, definida recientemente como Fase II (400-125/100 a. C.) (González Ruibal 2003), podremos pensar que los materiales encontrados dentro de ellas responden a esas fechas. Pero esta aseveración debemos matizarla con el imperativo estratigráfico de que un depósito siempre se fecha por su material más moderno (Menéndez y Benítez 2002: 288) y por el sesgo en el registro que supusieron las pautas culturales de limpieza y mantenimiento de las estructuras, consecuencia de las cuales son los frecuentes basureros de los castros, como el del cuadro B7. Pero sí es posible en el caso de que la estructura sufra remodelaciones a lo largo de su vida, como es el caso de la estructura 3. En ésta vemos (fig. 3) que a la par que se construyó la zapata del muro –algo más anchas que los muros en sí– se levantó con la misma técnica una estructura central de lajas de pizarra, que muere a la misma cota que la zapata. Maya erróneamente interpretó esta estructura central y el hogar que se situó en parte sobre ella como dos hogares que demostrarían dos momentos de ocupación (Maya 198/88: 52). Realmente se trata de la sujeción de un poste central para la techumbre. La zona entre esta estructura y las zapatas de cimentación se niveló (capas VII y VI) y posteriormente se realizó el pavimento antiguo de la casa (capa V) en el cual se hizo el hogar (número 2). A ese momento de uso le corresponde el escalón de entrada de la puerta. Por lo tanto el ho-

gar y la estructura central son prácticamente sincrónicas. En un momento posterior se decidió remodelar el interior de la estructura, para lo cual se practicó un vaciado previo y luego un relleno (capa IV), sobre el que se realizó el pavimento (capa III) que tapó el escalón y que sí marca un segundo momento de uso. Los materiales de las capas V y III de la estructura 3 marcan por lo tanto dos momentos de ocupación prerromanos que *grosso modo* habría que situar a partir del 400 a. C. Otros procesos constructivos o remodelaciones también dentro de la Fase II del mundo castreño septentrional pueden verse en la estructura 7 (fig. 4): la capa II de esta zona se encuentra junto al muro de 7A, lo que estratigráficamente hablando supone que el muro es anterior a la capa. En esta capa II, como vimos más arriba, la mayoría de la cerámica es de la CTO prerromana aunque también hay galbos decorados de TSH. Por tanto podría postularse que la estructura 7A pudo construirse en un momento cercano a la romanización y que seguramente siguió en uso en época romana. Sin embargo el muro curvo paralelo de 7B, con la capa III unida a él, parece que nació y murió en época prerromana. Por lo tanto 7A sería una vivienda realizada en época prerromana sobre el arrasamiento de una estructura previa (7B). Pese a que la estructura 4 no fue aparentemente reformada en su dilatada vida, sí lo fue el pavimento exterior original (capa V), al cual se le añade en un momento avanzado de la Edad del Hierro otro pavimento de pequeñas piedras (capa III), lo que nos indica la antigüedad de la cerámica estampillada recuperada en el nivel de uso del pavimento primitivo (capa IV).

Los tipos cerámicos representados encajan perfectamente en el panorama actual para la Edad del Hierro en el NO. Pese a que recientemente se haya dicho que los bordes facetados/aristados son previos a los exvasados curvos, a los que sustituirían (Maya y Cuesta 2001: 171), realmente son los segundos los que arrancan desde el Bronce Antiguo, en formas de perfiles simples (Cobas y Prieto 1998), que por ejemplo en el oriente de Asturias podemos ver en la cerámica “tipo Trespando” (Arias y Ontañón 1999: fig. 2 y 3). Realmente son los bordes facetados/aristados los que marcan un cambio en la CTO prerromana a comienzos de la II Edad del Hierro, que es cuando aparecen (González Ruibal 2003: 384). Si en la estructura 3 tenemos representados dos momentos de ocupación plenamente prerromanos en la estructura 4 tan sólo uno, la capa IIb/III, pues aquí no se llevó a cabo ninguna remodelación

del interior. Es una CTO con los característicos bordes facetados, con los curvos que seguramente sean continuación de los de la I Edad del Hierro —con la variante de aquellos que poseen una moldura en la cara externa del borde—, las cerámicas de orejeta perforada con sus decoraciones de líneas bruñidas y los bordes rectos con la misma decoración que los anteriores. La funcionalidad de los bordes curvos y facetados seguramente varíe según el tamaño. Hemos visto restos de hollín en los ejemplares más pequeños de los dos tipos, es decir, aquellos cuyo diámetro de la boca no supera los 30/35 cm. Por lo tanto pueden interpretarse como ollas. Seguramente aquellos que superen estas medidas fueron contenedores (de grano, de carne, etc.). Respecto a las cerámicas de orejeta perforada parece claro que su función principal fue la de olla de cocción de alimentos, para lo cual se colgarían de un eje perpendicular al poste central, razón que explica la cercanía entre el hogar y la estructura de sujeción de la estructura 3. Se trata del mismo esquema que el documentado en el cercano castro del Chano (León), del que erróneamente se ha dicho que la estructura de la que colgarían las cerámicas es la piedra con cazoleta de la entrada de cada cabaña, cuando no se trata nada más que de un mortero. Sin embargo la estructura central rectangular con hueco central y yuxtapuesta al hogar se interpreta como un cortavientos (Celis 2002: 193). Es esta estructura la que es paralela a nuestra estructura 3 y su función fue, como dijimos, sustentar el poste central, del que se sacó el mencionado eje. Ambos yacimientos comparten incluso los entalles de los marcos de las puertas. Respecto a las vasijas decoradas de cuello recto creemos que su función principal fue la de contenedores de líquidos (agua, cerveza...). La capa IV de la estructura 2, la capa III al sur de la estructura 3 y la IIb/III del exterior de la estructura 5 B también representan a la II Edad del Hierro gracias a la presencia exclusiva en ellas de cerámica de la CTO prerromana.

Las estructuras 2 y 4 no sólo nos ofrecen en sus depósitos interiores capas con materiales claramente prerromanos sino que también nos muestran en sus capas exteriores buenos ejemplos de estampillas, decoración que arranca a comienzos de la II Edad del Hierro tanto en el NO, como en la Meseta Norte y mundo cantábrico. Tanto la capa IIb/III del exterior de la estructura 2 como la IV del exterior de la estructura 4 son claramente prerromanas. El significado que podamos otorgarle a las cerámicas es-

tampilladas debe estar sujeto a una interpretación contextual. Por lo tanto debemos tener en cuenta varios aspectos: suponen la decoración menos representada en el castro, aparece sólo en niveles prerromanos —excepto la de círculos concéntricos del exterior de 5B, que por los motivos representados quizá pueda diferenciarse de las que aquí estamos tratando—, en uno de los casos sabemos que debía estar el cacharro casi completo, y se encuentran depositadas en los niveles inferiores del exterior de los muros de estructuras domésticas. Todo ello nos hace corroborar el hecho de que ciertas decoraciones nos están revelando funciones únicamente rituales de ciertas piezas (Cobas y Prieto 1999: 49). En nuestro caso concreto seguramente las cerámicas estampilladas hayan sido objeto de un depósito ritual en el exterior de las viviendas, quizás en un sentido fundacional o apotropaico. La cronología antigua para las estampillas dentro de la II Edad del Hierro también se ratifica en la espiga estampillada en un galbo de la capa V de la estructura 3, aludida por Maya (1987/88: 173).

En el castro gijonés de la Campa Torres las decoraciones de líneas bruñidas y los bordes aristados aparecen masivamente en los niveles del s. IV a. C., —la nomenclatura de Maya difiere pues une bordes curvos y bordes facetados bajo la denominación conjunta de “bordes planos”—. Esos niveles son los que deben usarse para fechar la muralla. No obstante los bordes facetados arrancan en Campa Torres incluso ya en el s. VI-V a. C. Por su parte la decoración de líneas bruñidas de este yacimiento aparece sobre bordes rectos y sobre los “bordes con perforación protegidas por un receptáculo cónico” (Maya y Cuesta 2001: 171, 179), que mas que la versión local de las orejetas perforadas parecen ser importaciones desde el Noroeste, pues es aquí donde encontramos los paralelos más nítidos (Rey 1980). No obstante podríamos decir que tanto en San L.Luis como en Campa Torres la decoración bruñida se aplica sobre cacharros de funcionalidad muy semejante. Otros bordes facetados de la II Edad del Hierro en Asturias los encontramos en Os castros de Piñera (Camino 1995: 36), en Os Castros de Ribadeo (Fernández Ochoa y Rubio 1988), en el Chao Samartín (Villa 1999: lam. III), Llagú (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002: fig. 59), etc. En general son abundantes por todo el NO, y en concreto en la zona cantábrica. Los encontramos en O Modorro de San Pedro (Incio, Lugo), cerca de la Sierra del Caurel (Acuña Castroviejo y García 1968:

fig. 3), en el también lucense Castro de Viladonga (Arias 1985: 30) o en el coruñés Castro dos Pra-dos-Espasante (Ortigueira) (Ramil 1995/96: lam. 4), por poner sólo algún ejemplo. No obstante podemos destacar que una característica de los bordes facetados de San L.luis, y no sabemos si del resto de la montaña suroccidental asturiana, es que en muchos ejemplares la última faceta es descendente. Para las cerámicas de orejeta perforada los ejemplos también sería innumerables, debido a su amplia dispersión desde la costa norte de Portugal hasta la zona centro-occidental asturiana. Destacaremos por ello los ejemplares más cercanos a nuestro yacimiento y de cronologías claramente prerromanas. Las encontramos en el Chao Samartín (Villa 1999: lam. III) y en el leonés de el Chano (Celis 2002: 202), yacimiento en el que también aparecen los bordes facetados y las decoraciones de líneas bruñidas, y que por el lote de materiales que posee no creemos que sobrepase en el tiempo la transición del s. II al I a. C., pese a haber sido definido como un castro romano. En el centro de Asturias vemos algún ejemplar en Llagú (Berrocal, Martínez y Ruiz 2002: fig. 59). De todos los ejemplos del NO destacaremos las orejetas y bordes perforados de Coto do Mosteiro, al NO de la provincia de Ourense, con una ocupación exclusivamente prerromana, ya que refuerza nuestra hipótesis del uso conservador de estas ollas de cocina. Allí podemos ver perforaciones en orejetas completamente desgastadas por la fricción de la cuerda, bordes exvasados en los que se han realizado perforaciones una vez cocidas (demostrando un cambio de funcionalidad del cacharro en un momento dado) y lañados de hierro (Orero Grandal 1988: fig. 36).

El repertorio de bronce aparecidos en San L.luis –prácticamente todos representados en la monografía de Maya (1987/88)– no hace sino reforzar las cronologías amplias de II Edad del Hierro que proponemos para los estratos antiguos del “barrio bajo”. El laciforme encontrado junto al muro de la casa 4, en el pavimento exterior o capa III, reafirma las cronologías de comienzos de la II Edad del Hierro para la estructura 4 y su pavimento exterior original o capa V (fig. 2). También refuerza la idea de que la cerámica estampillada de la capa IV exterior o nivel de uso del momento antiguo de esta construcción pertenezca a un momento inicial de la II Edad del Hierro. Recordemos que estos broches en la Campa Torres no superan el s. I a. C en ningún caso (Maya y Cuesta 2001: 118) y que al apa-

recer en el castro de Camoca podemos hacer arrancar su fabricación al menos a fines de la I Edad del Hierro (Camino 2003: 166). Lo mismo para una fibula transmontana que apareció en la capa IIb/III, seguramente entre las estructuras 3 y 5B. Se refuerza con ello la adscripción prerromana de los materiales cerámicos de dicha capa en 5B así como de muchos de la zanja 1-2 en las cercanías de la estructura 3, ya que estas fibulas típicas de las culturas del NO ibérico hemos de fecharlas entre los ss. IV y I a. C. (González Ruibal 2003: 352). No obstante, en el diario original de excavación no hay prácticamente datos sobre otros bronce aparecidos en aquellas campañas, como es el caso de dos fibulas en omega, de otro laciforme más pequeño y de dos placas de cinturón/enganches de tahalí con escotaduras laterales. Todos estos elementos se engloban preferentemente en la II Edad del Hierro y en concreto los broches de cinturón/enganches de tahalí tienen paralelos muy próximos en varios ejemplares de la Campa Torres, donde se fechan en un nivel del II-I a. C. (Maya y Cuesta 2001: fig. 54, 1).

El último estadio de la CTO prerromana en el castro queda bien representado por la capa II de la estructura 4 y la homónima de la estructura 3. Estos estratos más superficiales del yacimiento, en los que hemos visto como aparecen por vez primera piezas de la CTO “común romana”, así como TS y vasijas de paredes finas, fueron explicados por los excavadores como niveles de destrucción, e incluso de “conquista”. Pese a que muchos de los materiales puedan ser explicados como consecuencia de abandonos e incluso por procesos postdeposicionales –movimiento de cerámicas desde el “barrio alto” al “barrio bajo”– la recurrente asociación de las diversas CTOs en estos estratos más modernos nos hace plantear la perduración de la CTO prerromana al menos hasta la transición del s. I-II d. C., momento al partir del cual quedaría completamente sustituida por la cerámica común romana y las mal llamadas “vajillas de lujo”. Podríamos por ello englobar este último estadio en la Fase III del mundo castreño (125/100 a. C.-100/125 d. C.), sin que por el momento tengamos argumentos para diferenciar una Fase IIIa prerromana de una IIIb romana. No sabemos hasta que punto se siguieron realizando cerámicas de orejeta, pero seguramente se dio una sustitución de éstas por las de borde exvasado con perforación. Continúan los bordes facetados, los curvos y los rectos, pero vemos aparecer las fuen-

tes, que quizás reflejen cambios gastronómicos pues pueden ser usadas para la panificación, sustituyendo presumiblemente a las gachas de cereales. Con respecto a las decoraciones se mantienen las líneas bruñidas, contamos con un ejemplar estampillado de círculos concéntricos y aparecen las decoraciones incisas a base de líneas horizontales y onduladas. Descartamos por tanto la hipótesis que planteaba que las orejetas perforadas son indicativas de presencia romana (Carrocera 1988: 434), ya que más bien decaen en época romana, pues seguramente se empezó a cocinar en cacharros de otro tipo, dentro del repertorio de la “cerámica común” romana.

La fecha inicial de la Fase III viene marcada por una sustitución generalizada en toda la fachada atlántica de un comercio púnico por otro romano republicano, que en Asturias está muy bien representado por los materiales aparecidos en la Campa Torres (González Ruibal 2003: 433-442). La fecha final para la CTO prerromana (100/125 d. C.) vendría corroborada por la asociación de estos cacharros con TS, cuyas fechas de aparición para el cercano castro del Chao Samartín se sitúan a mediados del 50/60 d. C. para la TSG y de fines del s. I d. C. para la TSH proveniente de alfares riojanos (Hevia, Menéndez y Sánchez 1999: 169-170). Para la CTO “común romana”, que también se asocia en estos últimos estratos del “barrio bajo” a las cerámicas de tradición prerromana, también se han propuesto fechas similares de aparición –transición del s. I al II d. C.– (Benítez, Hevia y Montes 1999: 36). Las fibulas aucissa se engloban de nuevo en cronologías altoimperiales. De esta asociación de CTOs en el interior de las estructuras circulares se deduce que éstas se mantuvieron en uso al menos durante la segunda mitad del s. I d. C. Sin embargo la estructura 6, que la consideramos doméstica, y cuyos muros cuadrangulares se realizaron con la amortización de los muros de las estructuras circulares situadas debajo, como de la piedra que seguramente se extrajo del tercio oriental de la estructura 4, sólo arroja TSH y cerámica “común romana”. La misma combinación la encontramos en los niveles de uso de las casas cuadrangulares con patio del “barrio alto” (Adán y otros 2000: 19). Se constata una pérdida de significado social de la CTO cerámica prerromana y de las estructuras circulares –la CTO arquitectónica prerromana– a lo largo de la segunda mitad del s. I d. C., en una transición cuyo mejor ejemplo es la estructura circular a la que se le adosó un cuadrangular de dos habitaciones, aparecida en las

excavaciones de los años ochenta. Por lo tanto es una pérdida de significado cultural para los propios indígenas romanizados, de tercera o cuarta generación desde la conquista. Seguramente en el s. II d. C. ya se hayan abandonado casi completamente las tecnologías tradicionales de montaje de cacharros cerámicos y de erección de estructuras domésticas.

No podemos descartar que ciertas formas de la CTO de la Fase III, como las fuentes, o sustituciones en otros casos, como son lo bordes exvasados con perforaciones en lugar de las de orejetas, sea consecuencia de la emulación de las formas de las primeras cerámicas de la CTO “común romana” que fueron llegando al castro.

Todas esta hipótesis interpretativas quedan *grasso modo* corroboradas en todas las secuencias estratigráficas que hemos podido constatar en el “barrio bajo”, pero no en la mayoría de las zonas 9-2 y 1-10. Creemos que el valor diagnóstico de los materiales de estas zonas, con excepción de las capas exhumadas entre las estructuras 2 y 10, debe ponerse en duda debido a una serie de errores de documentación que se dieron en el momento de la excavación. Los errores e imprecisiones que hemos constatados son que en una de las cajas del museo había materiales de ambas zonas mezclados y que la mayoría de los materiales se recogió en cajas con imprecisos “revueltos de las capas I-III” o en la “capa IV”, cuando en el diario sólo se alude a la capa IIb/III de la zona 9-2, representada en el museo por una caja de materiales prerromanos. Una posible explicación es que la secuencia descrita para la zona entre las estructuras 2 y 10 sea diferente de una posible secuencia para el resto de la zona 9-2, de la cual nada dice el diario. Otra posible explicación radica en la excesiva velocidad en la que se excavaron estas dos grandes zonas, a las que se le dedicaron tan sólo los dos últimos días de excavación.

Gracias a los análisis contextuales de la cultura material se nos abren nuevas vías de investigación para la Edad del Hierro. Atendiendo a la morfología y disposición de las estructuras y a la dispersión de los objetos muebles podemos llegar incluso a reconocer unidades de ocupación de fines de la Edad del Hierro, que englobarían varias estructuras. En este sentido las estructuras 3, 4 y 5A-B podrían considerarse una unidad de ocupación compuesta por una estructura con hogar (3) y una aparentemente sin hogar y con banco corrido (4) que tienen sus puertas de entrada enfrentadas. El molino circular

corroboraría un lugar de trabajo femenino en el patio ubicado entre ambas. Añadimos además la estructura 5B que debe interpretarse como la base de un posible granero tipo cabazo, como también parece indicarlo la alta concentración de contenedores de esta zona. El muro curvo 5A por tanto debemos verlo como una zona de trabajo, quizás artesanal, que podría estar representado por la fusayola, aneja a este granero. Desconocemos qué posible función pudieron tener los dos alineamientos de grandes piedras sin trabajar de la parte occidental de 5B. Las estructuras 1, 2 y las amortizadas por 6 pudieron haber constituido otra unidad de ocupación. De ello se desprende otra hipótesis, que podría ser corroborada con futuras excavaciones en área en castros occidentales, y es el hecho de la asociación de un depósito de cerámica estampillada por cada unidad de ocupación, por lo que a los significados fundacionales y apotropaicos mencionados más arriba para estas decoraciones quizás habría que añadirle otros en un sentido identitario del grupo familiar/unidad de ocupación, frente al conjunto del castro.

Dentro de esta espacialidad encontramos ciertos hitos de actividades femeninas como el molino circular, la fusayola o el hogar del interior de la estructura 3. De hecho la CTO cerámica prerromana descrita en este trabajo se puede considerar uno de los mejores ejemplos de actividades femeninas realizadas en el propio yacimiento, ya que en el NO se considera que esta tecnología se encontró en manos femeninas hasta que la introducción de la cerámica “común romana” y las “vajillas de lujo” provocaron el final de la artesanía cerámica de cada castro. Estamos hablando por tanto de métodos de aprender y transmitir un conocimiento tecnológico, de modelos mentales de procesos materiales, de una especialización hereditaria y de elecciones tecnológicas fuertemente regidas por normas sociales (Mahias 1993: 167-168). Tanto las elecciones tecnológicas, las características de una CTO, las herramientas utilizadas o los productos finales pueden sentirse por las artesanas que desarrollaron la cerámica en un sentido identitario, quizás en clave de género, de identidad artesanal o de ambas cosas a la vez. Si atendemos a la complementariedad de las tecnologías de cada sociedad uno de nuestros objetivos debe ser el modo en el que las sociedades castreñas estructuraron simbólica y espacialmente una artesanía metalúrgica en manos masculinas que refuerza la ideología guerrera (Fanjul y Marín 2006) con una artesanía cerámica en manos feme-

ninas. En un sentido *queer* la identidad no sólo de género, sino la sexual en si, se refuerza cotidianamente con la performatividad que suponen las prácticas diarias, especialmente las gestuales (Butler 2003: 55). Quizás sea esta la razón por la que las alfareras de la II Edad del Hierro sólo aplicaron decoración de líneas bruñidas sobre los cacharros de bordes rectos y las ollas de orejeta perforada. Hemos de tener en cuenta que no toda la decoración cerámica es siempre simbólica y transmisora de significados, y tampoco tiene porque tener un sentido identitario, ni a nivel de género ni de grupo étnico (Barley y Davis en David, Sterner y Gawa 1988: 376-380). Sin embargo, si consiguiéramos demostrar las funcionalidades específicas de esos cacharros decorados –en el caso de las ollas de orejeta parece clara su función para cocinar alimentos colgadas sobre el hogar como denotan además los frecuentes restos de hollín, pero no tanta la de los bordes rectos como recipientes para líquidos– podría argumentarse a favor de que son los cacharros relacionados con actividades gestuales típicamente femeninas (cocinar, coger agua, hacer cerveza...) aquellos que reciben decoración de líneas bruñidas (verticales, oblicuas, en retícula). El resto de ollas fueron utilizadas de modo diferente que las de orejetas puesto que se usaron posándolas sobre el hogar. Por ello es posible no sólo que esta decoración sea un reforzador de la identidad de género, sino que ciertas características de la CTO como pueden ser los lugares en los que se juntan las mujeres para hacer cerámica, las fechas en las que ésta se realiza, las herramientas utilizadas, los hornos de cocción... sean metáforas del mundo femenino. Tampoco habría que descartar la posibilidad de que las propias mujeres realizaran cerámicas con mensajes estrictamente masculinos o utilizados en ritos protagonizados por hombres. Podría ser el caso de las cerámicas estampilladas o del borde exvasado con cuatro acanaladuras concéntricas y bruñido homogéneo. Y tampoco que en estos ritos fundacionales, al contrario de lo que habitualmente pensamos, el papel femenino sea trascendental. La calota craneal de una mujer en la cista que se halla en la entrada del recinto antiguo o acrópolis del Chao Samartín (Villa y Cabo 2003) y los restos humanos, seguramente también femeninos, en los niveles más antiguos del interior de la muralla de la Campa Torres (Mercadal i Fernández 2001) así nos lo hacen pensar.

5. Conclusiones

Las excavaciones de los años 1962 y 1963 fueron modélicas metodológicamente hablando, si tenemos en cuenta el panorama investigador de aquellos años en Asturias (Marín 2005: capt. 4). Desgraciadamente los materiales cerámicos allí obtenidos han permanecido en su mayoría inéditos durante más de cuarenta años. El estudio de éstos desde la perspectiva de las Cadenas Tecnológico Operativas (CTO) nos ha permitido corroborar los niveles de la II Edad del Hierro para el “barrio bajo” ya conocidos por el radiocarbono, así como descartar la aparición de cerámicas medievales escobilladas, por lo que debería revisarse la adscripción altomedieval de numerosos castros de los concejos vecinos de Somiéu y Miranda, realizada sobre el argumento de que este preparado superficial es medieval (Fernández Mier 1999). Seguramente esos materiales cerámicos también pertenezcan a la CTO prerromana. También nos ha permitido reconocer al menos una unidad de ocupación formada por varias estructuras circulares y sentar las bases cerámicas de los tipos específicos prerromanos de la montaña suroccidental asturiana y noroeste leonés.

Estudios de cultura material de este tipo, comparados con los de otras tecnologías, permiten en última instancia rastrear el posible contenido étnico prerromano de términos referidos en época clásica, como es el caso del pueblo péstico.

Por otro lado el uso de las CTOs nos revela la improductividad de categorías clásicas en los estudios cerámicos como son la disyuntiva mano/torno o los análisis tipológicos basados en las formas finales. Una indefinida combinación de conceptualizaciones y acciones ejecutivas se abre ante nosotros, con la posibilidad de reconocer tradiciones tecnológicas históricamente situadas. El cambio fundamental entre la CTO prerromana no se produjo tanto en las formas y decoraciones, sino en la rotación empleada y la secuencia de montaje. A nivel social ese cambio supuso el fin del control tecnológico femenino de una tradición milenaria y el fin de las producciones locales o autosuficiencia tecnológica. Además se nos presenta una necesidad urgente de reformular teóricamente la tecnología en nuestra disciplina, ya que las tesis funcional-economicistas y androcéntricas perpetúan las perniciosas consecuencias sociales de la Arqueología tradicional.

NOTAS

1. Léase San Chuis. En el artículo se respetarán las normas ortográficas propuestas por la Academia de la Llingua Asturiana para el dialecto occidental del asturiano, siendo por tanto L.luis la versión occidental del antropónimo asturiano Lluis y del castellano Luis.

2. Esta labor no habría sido posible sin los consejos e indicaciones de los técnicos del Servicio Arqueológico de la Consejería de Cultura del Principado de Asturias Ángel Villa Valdés y Jorge Camino Mayor, a los cuales les quiero expresar mi agradecimiento desde estas páginas. También quisiera agradecer la colaboración de la Directora del Museo Arqueológico Elisa Collado así como de todo el personal auxiliar en este “exilio forzoso” en el que actualmente se encuentran. Y muy especialmente le agradezco a Chus Jordá Pardo su generosidad, colaboración y compromiso con este trabajo, ya que sin la consulta del archivo privado del profesor Jordá Cerdá y sin toda la información que él me ha facilitado nunca podría haberse redactado este artículo.

3. Una revisión de la secuencia estratigráfica de los cuadros C21 y D21 del “barrio alto” en Marín y Jordá Pardo e.p.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACUÑA CASTROVIEJO, F.; GARCÍA MARTÍNEZ, M.C. (1968): "O Modorro" de San Pedro (Incio, Lugo). *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 23: 270-276.
- ADÁN ÁLVAREZ, G. ET AL. (2000): El Castru de San Chuis (Allande) más de milenta años d'ocupación nun pobláu protohistóricu del occidente asturianu. *Asturies, memoria encesa d'un país*, 10: 4-25.
- ARIAS CABAL, P.; ONTAÑÓN, R. (1999): Excavaciones arqueológicas en la cueva de Arangas (1995-1998). *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1995-98*, 4: 75-88.
- ARIAS VILLAS, F. (1985): *Castro de Viladonga, Campaña de 1983*. Arqueoloxía/Memorias 2, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela.
- BENÉITEZ, C.; HEVIA, S.; MONTES, R. (1999): Cerámica común romana del Chao Samartín (Grandas de Salime-Asturias). I. Vajilla de mesa y despensa. *Lancia*, 3: 11-48.
- BERROCAL RANGEL, L.; MARTÍNEZ-SECO, P.; RUIZ TRIVIÑO, C. (2002): *El Castiellu de Llagú. Un castro astur en los orígenes de Oviedo*. RAH, Madrid.
- BUTLER, J. (2003): Críticamente subversiva. *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer* (R.M. Mérida Jiménez, ed.), Icaria, Mujeres y Cultura: 55-80.
- CAMINO MAYOR, J. (1995): *Los castros marítimos en Asturias*. Fuentes y Estudios de Historia de Asturias 7, Real Instituto de Estudios Asturianos, Uviéu.
- CAMINO MAYOR, J. (2003): Los castros de la Ría de Villaviciosa: contribución a las interpretaciones de la Edad del Hierro en Asturias. *Trabajos de Prehistoria*, 60(1): 159-171.
- CARROCERA, E. (1988): *El valle del Navia en época prerromana y romana*. Tesis doctoral inédita, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Oviedo.
- CELIS, J. (2002): La ocupación castreña en el alto valle de Río Cúa: "El Castro de Chano". León. *Los poblados fortificados del NO de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña* (M.A. Blas Cortina y A. Villa Valdés, eds.), Navia: 189-210.
- COBAS, M^a.I.; PRIETO, M^a.P. (1998): Regularidades espaciales en la cultura material: la cerámica de la Edad del Bronce y de la Edad del Hierro en Galicia. *Gallaecia*, 17: 151-175.
- COBAS, M^a.I.; PRIETO, M^a.P. (1999): *Introducción a la cerámica prehistórica y protohistórica en Galicia*. TAPA 17, LAFC, USC, Santiago de Compostela.
- CUESTA, F. ET AL. (1996): Radiocarbono y cronología de los castros asturianos. *Zephyrus*, 49: 225-270.
- DAVID, N.; STERNER, J.; GAWA, K. (1988): Why pots are decorated. *Current Anthropology*, 29(3): 365-389.
- ESCORTELL PONSOADA, M. (1982): *Catálogo de las edades de los metales del Museo Arqueológico de Oviedo*. Oviedo.
- ESCUADERO NAVARRO, Z. (1999): Datos sobre la cerámica común a torno de época vaccea. *II Congreso de Arqueología Peninsular* (R. Balbín y P. Bueno, eds.), T. III, Alcalá de Henares: 275-288.
- FANJUL PERAZA, A.; MARÍN SUÁREZ, C. (2006): La metalurgia del hierro en la Asturias castreña: nuevos datos y estado de la cuestión. *Trabajos de Prehistoria*, 63(1): 113-131.
- FERNÁNDEZ MIER, M. (1999): *Génesis del territorio en la Edad Media. Arqueología del paisaje y evolución histórica en la montaña asturiana*. Universidad de Oviedo, Oviedo.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C.; RUBIO, I. (1984): Materiales arqueológicos de "Los Castros" (Ribadeo, Lugo). *Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch*, vol. III, Ministerio de Cultura, Madrid: 173-188.
- GARCÍA Y BELLIDO, A.; URÍA RÍU, J. (1940): Avances a las excavaciones del Castellón de Coaña. *Revista de la Universidad de Oviedo*, 2: 105-131.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2003): *Arqueología del primer milenio en el noroeste de la Península Ibérica*. Tesis doctoral inédita, Departamento de Prehistoria, Facultad de Geografía e Historia, UCM.
- GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ -VALLÉS, J.M. (1966): Catalogación de los castros asturianos. *Archivum*, XXVI: 255-291.
- JORDÁ CERDÁ, F. (1990): Informe preliminar sobre las excavaciones arqueológicas en el castro de San Chuis (Beduledo, Allande) Asturias. Campaña de 1986. *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1983-1986*, 1: 153-156.
- JORDÁ CERDÁ, F. (1985): Allande: castro de San Chuis. *Arqueología* 83. Ministerio de Cultura, Madrid.
- JORDÁ CERDÁ, F. ET AL. (1989): El castro asturiano de San Chuis (Allande, Asturias). *Revista de Arqueología*, 95: 38-48.
- JORDÁ PARDO, J.F.; GARCÍA MARTÍNEZ, M. (1999): Investigaciones arqueológicas en el castro de San Chuis (Allande, Asturias): Últimos trabajos y memoria final (Estratigrafía isotópica y Trabajos realizados durante 1997). *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1995-1998* - 4: 137-150.
- JORDÁ PARDO, J.F.; MESTRES TORRES, J.S.; GARCÍA MARTÍNEZ, M. (2002): Arqueología castreña y método científico: nuevas dataciones radiocarbónicas del castro de San Chuis (Allande, Asturias). *Croa*, 12: 17-35.
- HARRIS, E.C. (1991): *Principios de estratigrafía arqueológica*. Crítica, Barcelona.
- HEVIA, S.; MENÉNDEZ, A.; SÁNCHEZ, E. (1999): Terra sigillata del Chao Samartín (Grandas de Salime). *Lancia*, 3: 161-190.

- HEVIA, S.; MONTES, R.; BENÉITEZ, C. (1999): Cerámica común romana del Chao Samartín (Grandas de Salime-Asturias): vajilla de cocina y almacenamiento. *B.S.A.A.*, 65: 153-196.
- LEMONNIER, P. (1986): The study of material culture today: toward an Anthropology of Technical Systems. *Journal of Anthropological Archaeology*, 5: 147-186.
- LEMONNIER, P. (1993): Introduction. *Technological Choices. Transformation in material cultures since the Neolithic* (P. Lemonnier, ed.), Routledge, Londres: 1-35.
- MATHIAS, M^a-C. (1993): Pottery techniques in India. Technical variantes and social choice. *Technological Choices. Transformation in material cultures since the Neolithic* (P. Lemonnier, ed.), Routledge, Londres: 157-180.
- MANZANO HERNÁNDEZ, M.P. (1985): *Aportaciones al estudio de la cultura castreña en el occidente asturiano: la cerámica del castro de San Chuis*. Tesis de licenciatura inédita, Universidad de Salamanca.
- MANZANO HERNÁNDEZ, M.P. (1986-87): Avance sobre la cerámica común del castro de San Chuis. *Pola de Allande. Zephyrus*, 39-40: 397-410.
- MARÍN SUÁREZ, C. (2005): *Astures y asturianos. Historiografía de la Edad del Hierro en Asturias*. Editorial Toxosoutos, Serie Keltia, A Coruña.
- MARÍN SUÁREZ, C. (e.p.): Arqueología castreña en las cuencas del Eo y del Navia. *Campo de Tablado*, 3.
- MARÍN SUÁREZ, C.; JORDÁ PARDO, J.F. (2007): Las cerámicas indígenas del castro de San L.Luis (Allande, Asturias). *Estudios varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga, Asturias* (A. Fanjul Peraza, coord.), I.E.P.A., Santander: 135-152.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1930): Cerámica incisa y cerámica del vaso campaniforme en Castilla la Vieja y Asturias. *Anuario de Prehistoria Madrileña*, 1: 99-130.
- MAYA, J.L. (1987/1988): *La cultura material de los castros asturianos*. Estudios de Antigüedad, 4/5, Publicaciones de la Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
- MAYA, J.L. (1989): *Los castros en Asturias*. Silverio Cañada, Xixón.
- MAYA, J.L.; CUESTA, F. (eds.) (2001): *El castro de la Campa Torres. Periodo prerromano*. VTP Editorial, Xixón.
- MENÉNDEZ GRANDA, A.; BENÉITEZ GONZÁLEZ, C. (2002): La ocupación romana en castros asturianos a través del ajuar cerámico: análisis historiográfico. *Los poblados fortificados del NO de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña* (M.A. Blas Cortina y A. Villa Valdés, eds.), Navia: 279-299.
- MERCADAL I FERNÁNDEZ, O. (2001): Estudio paleoantropológico de un resto óseo procedente de la Campa Torres. *El castro de la Campa Torres. Periodo prerromano* (J.L. Maya y F. Cuesta, eds.), VTP editorial, Xixón: 289-294.
- ORERO GRANDAL, L. (1988): Castro «Coto do Mosteiro». Campañas 1984-85. *Arqueoloxía/Memorias*, 10.
- PERALTA, E. (2003): *Los Cántabros antes de Roma*. RAH, Madrid.
- RAMIL GONZÁLEZ, E. (1995/96): O Monumento con forno do Castro dos Preados-Espasante (Ortigueira, A Coruña). Memoria de Investigación. *Brigantium*, 9: 13-60.
- REY CASTIÑEIRAS, X. (1980): Notas sobre algunhas pezas singulares de cerámica castrexa. *Gallaecia*, 6: 229-234.
- ROMERO CARNICERO, F. (2001): La artesanía: cerámica, bronce, hierro. *Celtas y Vettones* (M. Almagro-Gorbea, J. Álvarez-Sanchis y M. Mariné, eds.), Diputación Provincial de Ávila, Ávila: 135-147.
- URÍA RIU, J. (1941): Fragmentos de cerámica excisa en el Castelón de Coaña (Asturias). *Archivo Español de Arqueología*, 43: 345-347.
- VAN DER LEEUW, S. (1993): Giving the potter a choice. *Technological Choices. Transformation in material cultures since the Neolithic* (P. Lemonniere, ed), Routledge, Londres: 238-288.
- VILLA, A. (1999): Castro del Chao Samartín (Grandas de Salime): tres años de investigación arqueológica (1995-1998). *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1995-98*, 4: 111-123.
- VILLA VALDÉS, A. (2002a): Periodización y registro arqueológico en los castros del occidente de Asturias. *Los poblados fortificados del NO de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña* (M.A. Blas Cortina y A. Villa Valdés, eds.), Navia: 159-188.
- VILLA VALDÉS, A. (2002b): Sobre la secuencia cronoestratigráfica de los castros asturianos (ss. VIII a.C.–II d.C.). *Trabajos de Prehistoria*, 59 (2): 149-162.
- VILLA VALDÉS, A.; CABO PÉREZ, L. (2003): Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del bronce en el castro del Chao Samartín: argumentos para su datación. *Trabajos de Prehistoria*, 60 (2): 143-151.